

*Este archivo llega a usted por una cortesía de  
[Solo Por Compartir](#)*

# Los Siete Secretos Del Éxito

**Por Richard Webster**

Esta es la historia de Kevin, quien a los veintiocho años está desesperado por el fracaso de su negocio y de su matrimonio. El suicidio le parece la única salida posible, hasta que una noche tormentosa conoce a un anciano de pasado misterioso llamado Todd Melvin. A medida que se va desarrollando la amistad entre ambos, Todd le enseña a Kevin los siete secretos del éxito, cuya aplicación lo lleva en breves semanas desde las puertas del suicidio a una vida plena y feliz, en la que cada segundo es un bien precioso e inigualable.

Ahora, también tu puedes aprender los secretos de Todd. Ellos te conferirán el poder de cambiar totalmente tu vida y de lograr un éxito mayor de lo que jamás pudiste imaginar. Si estás buscando una fórmula simple que te lleve a alcanzar el éxito, deja que la inspiración de este relato sea tu primer paso hacia una vida plena y próspera, desbordante de felicidad y abundancia.

Este cuento lo escribí hace ya unos quince años, con la idea de ayudar a un amigo que estaba atravesando entonces momentos muy difíciles. Se había aislado totalmente de su familia y de sus amistades y no quería hablar con nadie. Teniendo en cuenta que siempre había sido un lector muy ávido, pensé que tal vez podría acceder a él más fácilmente si le escribía una carta.

En cuanto me puse a escribir, la historia de Kevin comenzó a desarrollarse por sí misma. Me sorprendió y me alegró extraordinariamente la rapidez con que mi amigo reaccionó al leer este relato. Salió inmediatamente de su depresión y comenzó una nueva vida.

Más tarde me pidió permiso para hacer copias de Los siete Secretos del Éxito y dárselas a otros que también estaban experimentando dificultades en sus vidas. Así, con los años fueron muchas las personas a las que esta historió ayudó. Cuando alguien me preguntaba por qué no la publicaba, le respondía que había sido escrita simplemente como una carta para un amigo.

Hace poco, otra amiga necesitó también ayuda, de modo que desempolvé el manuscrito original, lo actualicé, eliminé los datos personales que tenían que ver únicamente con su destinatario inicial y se lo di a ella. Su reacción al leer el cuento fue igualmente satisfactoria. Entusiasmada, me instó a darle una difusión más amplia.

Y aquí está. Espero que también a usted le sirva de ayuda y le impulse a progresar en la vida.

# Capítulo 1

La lluvia comenzó a caer de nuevo mientras Kevin caminaba lentamente hacia el muelle. Se cubrió con su impermeable y bajó la cabeza. El viento era implacable. Diríase que venía de todas direcciones, azotando al puerto con ruidosas y espumeantes olas.

Sintió que el agua le caía por la espalda y tiró otra vez hacia arriba de su impermeable, tratando de cubrirse el cuello. Por un momento se detuvo bajo una solitaria luz y miró a las tinieblas que le rodeaban. Allí estaba, otra vez solo. Y aquella noche sentía como si el mundo estuviera totalmente desierto.

A su derecha podía ver los faros de los coches que se dirigían hacia la ciudad, pero los únicos sonidos que le llegaban eran el estruendo de las olas rompiendo contra las rocas y el silbido del viento al penetrar por el viejo edificio de madera, al final del muelle. Kevin recordó su época de esplendor, cuando los jueces se reunían en él para observar desde allí la evolución de las embarcaciones en las competiciones náuticas que se celebraban en el puerto. Al igual que le ocurría a él, el ahora desvencijado edificio había tenido tiempos mejores.

Una oleada de autocompasión hizo que las lágrimas se mezclaran con el agua que ya se deslizaba por su rostro. Se frotó los ojos vigorosamente y, alejándose de la luz, se dirigió hacia el final del muelle.

Al aproximarse, un gato callejero salió huyendo con un resoplido, abandonando su refugio bajo un banco. Kevin lo sintió por el gato, pero no hizo ademán de detener sus lentos y pesados pasos que le encaminaban hacia el final del muelle.

Allí encontró un poco más de calma. El antiguo edificio le protegía casi totalmente del viento y un poco también de la lluvia. Podía distinguir las luces de las casas, dos kilómetros mas allá, al otro lado de la bahía. Todas habitadas por personas que seguían, cada una de ellas, adelante con sus vidas.

Kevin miro hacia abajo, al agua, negra y espumosa, viendo los frenéticos dibujos que creaba sobre la superficie. Tenía aspecto de estar fría, pero también era extrañamente atrayente.

Comenzó a quitarse su impermeable, pero la idea le pareció absurda y ridícula, por lo que procedió de nuevo a abrocharse los botones superiores.

El agua parecía tenerlo hipnotizado. Las olas golpeaban con fuerza los viejos pilares del muelle para luego retroceder. Y así una y otra vez. Una y otra vez.

De pronto le pareció oír una voz, aunque rápidamente desechó la idea. Nadie sabía que él estaba allí. Pero la oyó de nuevo. Y ahora mucho más cerca. Su sorpresa fue muy grande cuando, al volverse, vio que una figura humana se dirigía hacia él. Parecía un anciano muy endeble. ¿Qué podría estar haciendo aquí, en una noche como ésta?

Al acercársele más vio que el hombre era realmente anciano. Y, además, no estaba en absoluto equipado para afrontar la lluvia. Llevaba unos pantalones finos y una camisa con el cuello abierto. Sus ropas y su cabello estaban empapados. Kevin suspiró. Precisamente ahora que deseaba estar solo, tenía que venir alguien a aquella parte del muelle.

El hombre se detuvo a su lado y miró hacia abajo, al agua. Tembló y miró a Kevin con ansiedad.

-No lo haga -le dijo-. No lo haga.

Retrocedió unos pasos y se detuvo mirándolo de nuevo. Parecía no ser consciente del viento ni de la lluvia.

-¡Váyase! -le dijo Kevin.

El hombre se acercó de nuevo a él. Kevin se dio cuenta de lo increíblemente delgado que era. Sus empapadas ropas se le pegaban como una segunda piel.

-¡Mire! -dijo el hombre-, yo vivo justamente allí -se volvió señalando con la mano a un edificio de apartamentos situado al otro lado de la avenida, frente al puerto-. Venga a tomar una taza de café conmigo. Si busca a alguien con quien hablar, me encantará escucharle.

Kevin miró al edificio de apartamentos y luego otra vez hacia el agua. ¿Por qué no era capaz de hacer nada bien? De pronto se dio cuenta de que el anciano estaba temblando.

-Está bien -dijo con brusquedad-. También puedo hacerlo con un poco de café.

El apartamento estaba situado en la tercera planta. Con buen tiempo la vista, tanto de la ciudad como del puerto; debía ser fabulosa.

Kevin se paseó por el amplio salón mientras el anciano andaba en la cocina. Aunque estaba acostumbrado a la comodidad de un hogar, pensó que el hombre debía ser muy rico para mantener un apartamento como aquel. En el centro había una antigua mesita de té rodeada de cómodos sillones tapizados en piel. Una biblioteca cubría una de las paredes, mientras que las otras dos estaban abarrotadas de cuadros. Evidentemente se trataba de un coleccionista de obras de arte. Kevin no sabía mucho de pintura, pero reconoció los nombres de algunos

pintores. La cuarta pared era totalmente de cristal. Grandes puertas corredizas daban a una terraza que dominaba el puerto. Los ruidos de la tormenta apenas cruzaban los gruesos cristales. A un lado, apoyado sobre un trípode y frente a los cristales, se hallaba un antiguo telescopio de bronce. Con eso me ha visto, pensó Kevin.

El anciano llegó con una bandeja, que depositó cuidadosamente sobre la mesita central.

-Tome asiento -le dijo-. ¿Quiere comer algo?

-No, gracias. -Kevin se sentó torpemente y, tomando la jarra de plata, sirvió dos tazas de café.

-¿Toma usted leche? -preguntó.

El hombre sonrió y asintió con la cabeza, sentándose frente a Kevin y tomando su taza.

-Gracias -dijo.

El anciano se había cambiado, poniéndose ropa seca. Con un jersey grueso y coloreado y unos pantalones azul claro, parecía un poco más robusto. También había secado y peinado su distinguido cabello plateado. Ahora sí parecía el dueño de aquel lujoso apartamento, más que el frágil anciano que lo halló un momento antes en el muelle.

Miró con seriedad a Kevin. Tenía un rostro delgado y alargado. Sus ojos eran azules y parecían pertenecer a un hombre mucho más joven. Armonizaban con una boca amplia, que daba la impresión de sonreír constantemente. Pero su sonrisa no es cínica, pensó Kevin, es simplemente la sonrisa de un hombre feliz, ligeramente divertido con lo que está viendo.

-Bienvenido a mi casa -dijo-, me llamo Todd Melvin. -El anciano le tendió su mano derecha y Kevin se la estrechó.

-Yo soy Kevin. Kevin Huddersfield.

Todd tomó un sorbo de café, mirando a Kevin por encima de su taza.

-Doy por supuesto que las cosas no te están yendo muy bien, Kevin. Tenía una voz suave y melodiosa, con un ligero acento.

-No, no demasiado -admitió Kevin.

-¿No quieres hablar de ello?

-No estoy muy acostumbrado a compartir mis problemas -dijo Kevin sacudiendo la cabeza.

-Lo entiendo -asintió-. Yo era también como tú, ¿sabes? Me lo guardaba todo. Pero ya no lo hago.

Tomó otro sorbo de café-. ¿Cuántos años tienes?

-Veintiocho.

-Veintiocho -repitió Todd-. ¡Tengo cincuenta años más que tú! ¡Qué no daría yo por tener otra vez veintiocho años!

Kevin Miró a su alrededor.

-Pero a usted le ha ido muy bien, Sr. Melvin. Usted ha triunfado.

-Sí, tal vez sí. -Todd sonrió-. Pero cuando tenía veintiocho años pensaba que no tenía nada. Y no me llames señor Melvin, me llamo Todd.

-Tampoco yo tengo nada. Todd soltó una carcajada.

-Eso es lo que yo pensaba cuando tenía tu edad, pero estaba equivocado, al igual que tú lo estás. Tienes juventud, tienes energía, tienes sueños. Y tienes tiempo. ¡Qué maravilloso es tener tiempo!

-Sí, tengo juventud -admitió Kevin-. Y también tenía sueños.

-¿Y los perdiste?

Kevin asintió con la cabeza. Muy a pesar suyo sintió que las lágrimas rodaban por sus mejillas. Pronto estuvo sollozando incontroladamente. Todd esperó a que cesara de sollozar y luego le tendió un pañuelo limpio.

- Creo que tal vez deberías contármelo -dijo quedamente.

Esta vez Kevin estuvo de acuerdo. El relato surgió un tanto deshilvanado pero, cuando terminó, Todd sabía ya todo de la quiebra de su negocio, del engaño de su socio y del desastre de su matrimonio.

-Entiendo -dijo Todd un momento después que Kevin hubo terminado. Éste fue a hablar de nuevo pero Todd alzó la mano:

-Ahora ya sé por qué estabas hace un rato en el muelle. Dime, Kevin: ¿Te sientes mejor después de haberme contado tus problemas?

-Sí, creo que sí.

-Bien. No tengo ni idea sobre si tienes o no algún lugar donde pasar la noche, pero aquí hay una habitación que puedes utilizar. Mañana por la mañana seguiremos charlando.

-¿Me está ofreciendo que me quede aquí esta noche?

-Por supuesto -Todd sonrió-. Fuera la tormenta está horrible y no me gustaría tener que continuar esta conversación otra vez en el muelle. Es mejor para ambos que hoy duermas aquí. ¿Estas de acuerdo?



-Gracias, Señor Melvin.

-Ya te he dicho que me llamo Todd. Y no me hables de usted. Ven, te voy a mostrar tu habitación.

Media hora después y reposando ya sobre la cama, Kevin seguía todavía aturdido. Abrió el cajón de la mesita de noche y en su interior vio un libro grande, bellamente encuadernado. Al sacarlo descubrió asombrado que, salvo la primera página, todas las demás estaban en blanco. En la primera hoja alguien, con caligrafía muy elegante, había escrito un breve mensaje: «El ayer no existe ya».

Kevin volvió a poner el libro en el cajón y antes de que transcurriera un minuto estaba profundamente dormido.

# *El ayer no existe ya*

## *Capítulo 2*

Cuando Kevin se despertó eran ya las nueve de la mañana. Rápidamente se duchó, se vistió con las ropas que Todd le había prestado la noche anterior y salió hacia el salón.

Las puertas corredizas estaban abiertas y Todd se hallaba en la terraza, mirando hacia el puerto. Al llegar Kevin se volvió hacia él y le sonrió, mostrándole el panorama con la mano.

- ¡Mira qué hermosa mañana, después de la tormenta de anoche! ¿No te parece una vista gloriosa?

Kevin miró hacia abajo, viendo los coches que pasaban. De no ser por algunos restos que quedaban sobre la calle, la lluvia y el viento de la noche anterior no habrían dejado apenas rastro. El mar tenía un color azul brillante y cientos de pequeñas embarcaciones evolucionaban en la bahía.

-Es sábado -dijo Kevin-, muchos jóvenes están practicando ya con sus barcos.

-Sí -asintió Todd-, aunque el tráfico es más abundante, me entusiasman los fines de semana. En realidad, cada día tiene su propio encanto.

Ambos permanecieron en silencio, mirando hacia el puerto y a los edificios que se divisaban a lo lejos, al otro lado de la bahía. El cielo estaba totalmente azul, con sólo algunas pequeñas nubes como de algodón.

-¡Qué mañana tan bella! -suspiró Kevin. Todd lo miró.

-Todas las mañanas son bellas -dijo-, especialmente cuando uno tiene ya mi edad.

¿Sabes? Soy capaz de quedarme aquí, en pie o sentado, durante horas, sin importarme qué tiempo haga. ¡Siempre es hermoso! Siéntate y relájate -le dijo a Kevin indicándole una silla-. Tengo listo tu desayuno.

Kevin se sentó. Se sentía raro en compañía de este hombre. Mientras tomaba el zumo de naranja recién exprimido que Todd puso ante él y comía un tazón de cereales, trató de convertir sus pensamientos en palabras.

-Has sido tan amable conmigo -comenzó.

Todd sonrió y agitó las manos con desaprobación.

-¿Por qué te has portado tan bien? No me conoces de nada.

Mi obligación como ser humano es ayudar a quien parezca necesitarlo -respondió Todd pausadamente.

-Ya. Pero no mucha gente habría hecho lo que tú hiciste. Te podría haber arrojado al agua. Podría haber robado cosas de tu casa mientras tú dormías.

-Pero no lo hiciste.

-No.

Kevin terminó de comer los cereales y puso la bandeja a un lado. Sus ojos repararon en el telescopio.

-¿Te dedicas a buscar a gente lo suficientemente desesperada como para suicidarse? -preguntó.

Todd miró a la bandera que ondeaba sobre el alto mástil, al otro lado del puerto.

-No, realmente no -dijo despacio-, pero debo admitir que disfruto ayudando a los demás.

-¿Ha habido antes otros como yo?

-Algunos -asintió Todd-. Hace diez años que vivo aquí y, de vez en cuando, generalmente cuando el tiempo está muy malo, alguien camina hacia ese muelle, justo del modo en que tú lo hiciste. Y, ¿sabes? Desde aquí puedo ver sus intenciones. Debe ser su lenguaje corporal, el modo en que se arrastran a sí mismos.

-¿Caminaba yo de ese modo?

-Sí, totalmente. ¿Té o café? -le preguntó.

-Té, gracias.

Todd se dirigió a la cocina. Un momento después Kevin se reunía con él allí.

-¿Cómo haces para mantenerlo todo tan limpio? -le preguntó mirando con admiración la amplia e impecable cocina.

-Cuando uno llega a mi edad tiene mucho tiempo -dijo Todd-. Además, cada dos días viene una señora. Pronto llegará. El mérito es de ella, no mío.

-Anoche, antes de dormirme, miré en el cajón de la mesilla de noche. En su interior había un libro con tan sólo algunas palabras escritas en él.

-Así es. ¿Las recuerdas?

-¡Por supuesto! «El ayer no existe ya». ¡Son las únicas palabras que contiene!

-Pero son suficientes. ¿No crees que esas son justamente las palabras que debe contener ese libro?

-Sí, estoy de acuerdo. -Kevin miró cómo Todd servía el té-. Pero lo curioso es que esas cinco palabras podrían haber sido escritas para mí.

-Y lo fueron.

Kevin siguió a Todd hasta el salón.

-Pero Todd, la tinta está ya borrosa. ¡Debieron haber sido escritas hace años!

-Fueron escritas para ti, Kevin. Mi esposa las escribió hace ya muchos años. Esas eran las palabras que yo necesitaba entonces. Y son las mismas que tú necesitas ahora. Vive tu vida hoy, Kevin. El ayer ya no existe y, ¿quién sabe si llegaremos a ver el día de mañana?

-Te quiero dar las gracias por haberme permitido ver el día de hoy. Todd agitó la cabeza.

-Así es como debía ocurrir. El mérito no es mío. Kevin sacudió su cabeza con asombro.

-¡No te entiendo! ¡Anoche yo pensaba suicidarme, y tú me detuviste!

-Sí Todd guardó silencio durante un instante-, pero considéralo de otro modo. ¿Qué te hizo pensar en echarte al agua? Hay formas mucho mejores de suicidarse.

-No sabía lo que hacía. Simplemente salí a dar una vuelta.

-En busca mía.

-¡Pero yo no sabía que tú estabas allí!

-Entonces llamémosle karma.

-¿Karma? ¿Qué es eso? ¿Alguna-religión oriental? Todd se rió.

-No. Es simplemente la ley de causa y efecto. Cualquiera que sea la energía que tú emitas, la recibirás de vuelta. Si haces el bien, en alguna otra ocasión y en otro lugar, volverá a ti. Y si haces el mal ocurrirá lo mismo. ¿Qué pasa, Kevin? Te has puesto pálido.

Kevin tomó un sorbo de té.

-No sé de dónde procedes, Todd, pero nunca antes he conocido a nadie como tú. Haces que vea las cosas de un modo diferente. Cuando me desperté esta mañana pensé:

«Bueno, todavía estoy vivo. Así podré darle su merecido a mi socio».

-¿Darle su merecido?

-Sí, ajustarle las cuentas. Me robó y el negocio se ha hundido por culpa suya. Él...

-Cálmate.

Kevin notó que sus hombros se habían puesto súbitamente tensos. Se puso en pie y se estiró.

-Pero ahora, parece como si me hubieras leído el pensamiento y me dices que si le doy su merecido tendré que pagar por ello más adelante. ¿No es eso lo que estás diciendo?

-Me temo que sí. Mira, Kevin, no sé nada de tu negocio ni de lo que tu socio haya hecho o dejado de hacer, pero tú me dijiste que el negocio estaba ya acabado, que ha dejado definitivamente de funcionar. Pertenece ya a la historia. Pertenece al ayer y...

-El ayer no existe ya.

-Ya lo has captado -rio Todd-.Efectivamente, pertenece al ayer. Ahora, piensa en esto, imagínate que le das su merecido a tu socio. No sé cómo vas a hacerlo, pero supongamos que haces que lo detengan y lo metan en la cárcel. ¿Sería eso darle su merecido?

-Creo que sí -asintió Kevin despacio.

-¿Y qué ganarías tú con ello?

-Bueno, no sé. Supongo que entonces me olvidaría de él y podría comenzar mi vida de nuevo.

-Está bien. ¿Cuánto tiempo crees que tardarás en reunir las evidencias suficientes para meterlo en la cárcel?

-No tengo ni idea. Ni siquiera sé si podré reunir dichas evidencias.

-O sea, que pueden ser tres meses, o incluso un año.

-Así es. Y quizás nunca encuentre la información que necesito.

-Entonces puedes pasarte años buscándola.

-¡Antes lo mato!

-Así ganarías mucho -sonrió Todd-. De ese modo serías tú el que terminaría en la cárcel.

Mira, vamos a considerarlo de esta forma. Tal vez tu socio sea culpable de todo eso y tal vez no. No, por favor, déjame hablar -añadió cuando Kevin fue a interrumpirlo-, sea como fuere, tu vida va a quedarse en suspenso mientras. Tratas de hallar y reunir las pruebas contra él. Todo ese tiempo vas a estar amargado. ¿Es eso vida? Incluso si logras reunir las pruebas necesarias para mandarlo a la cárcel, ¿qué habrás hecho con tu vida mientras tanto?

-¡Habré puesto a ese sinvergüenza tras las rejas! -¿Y qué satisfacción obtendrías con ello?

-¡Mucha!

-Piensa un momento en esto -rió Todd-. Supongamos que dedicas los doce meses siguientes a tratar de ajustarle las cuentas a tu socio. Está bien. Habrá pasado un año de tu vida. Ahora, piensa en desprenderte del pasado.

-El pasado no existe ya.

-Exactamente. Despréndete del pasado y empieza de nuevo. Dentro de un año estarás ya bastante encaminado hacia el logro de tus nuevas metas cualesquiera que sean.

¿Qué es mejor para ti? ¿Seguir adelante con tu vida o vengarte de él? Kevin se revolvió inquieto sobre su silla.

-¡Me pones las cosas difíciles!

-Creo que es justamente lo contrario -rió Todd-. Tu amigo se ha aprovechado de ti. En realidad hizo más que eso, casi acaba con tu vida. Anoche el tiempo era horrible, tormentoso. Igual que tu vida en aquel momento. ¡Pero mira esta mañana! -Todd extendió la mano hacia la brillante bahía-. Hoy el mundo comienza otra vez. Es totalmente nuevo.



Lleno de promesas y de oportunidades. Es precioso. Es un regalo para ti y para cualquiera que decida aprovecharse de él. El ayer no existe ya. Déjalo en su lugar. Lo que tienes que hacer es vivir aquí y ahora. Y hacer planes para el futuro. Pero en realidad, el único tiempo de que dispones es el ahora.

Gracias. -Kevin tuvo dificultad en sostener la mirada de Todd, dedicándose a observar el dibujo de las pantuflas que éste le había prestado. Un momento después dijo:

-¿Qué tiene todo esto que ver con el karma?

-Me alegra que me lo preguntes dijo Todo. ¿Qué te parece si vamos a dar un paseo mientras lo hablamos?

-El concepto del karma ha existido siempre, en todas las religiones y filosofías -comenzó a decirle Todd mientras caminaban despacio por la amplia acera, entre la playa y la avenida. Kevin observó que todos parecían conocer a su nuevo amigo. Sus rostros se iluminaban al verlo y muchos venían hasta él simplemente para saludarlo.

-Yo no soy una persona religiosa en el sentido habitual de la palabra, Kevin. Creo en la reencarnación y creo en el karma. No pretendo que tú creas por fuerza en la reencarnación, pero sí es vital que entiendas la idea del karma. El karma es la ley del dar y el recibir. Lo que das, es lo que recibes. No siempre de un modo claramente reconocible, por supuesto. Por ejemplo, hace muchos años alguien me ayudó en un momento difícil. Entonces prometí que cuando tuviese la oportunidad, yo haría lo mismo con otros.

-Y ahora lo estás haciendo conmigo.

-Tal vez, en cierto modo. Pero recuerda que así es como debía ocurrir. Si te hubieras acercado a ese muelle un momento antes no te habría visto, ya que estuve cenando en casa de un amigo. Si lo hubieras hecho mucho más tarde tampoco te habría visto, pues estaría ya en la cama.

-¿Entonces tuve suerte?

-¡Vaya! ¡Ese es un concepto nuevo! -rio Todd. Nosotros somos los que creamos nuestra propia suerte, Kevin, con lo que sentimos, lo que esperamos y lo que pensamos sobre ella. En realidad el afortunado fui yo por estar allí en el momento preciso para poder ayudar.

-Yo no lo veo así -Kevin sacudió la cabeza-. Siempre te estaré muy agradecido, Todd.

-Gracias, pero no es necesario. Ya he recibido mi premio con los cambios que he visto en ti hasta ahora.

Todd se detuvo unos momentos a hablar con dos mujeres, madre e hija. Por el modo de abrazarlo, Kevin se dio cuenta del auténtico afecto que ambas le profesaban. Algún día seré como él, pensó Kevin.

Ambos volvieron a caminar en silencio. Unos momentos después dijo Todd:

-¿Ves aquel roble?

-Sí, ¡es hermoso!

-¿Sabes que hace algunos años trataron de derribarlo para construir un bloque de apartamentos?

-Gracias a Dios que no lo consiguieron.

-Así es. Pero fue necesario el esfuerzo de mucha gente para evitar que ello ocurriera.

Realmente valió la pena lo que hicieron. Quizás en el ámbito global pueda parecer algo sin importancia, pero hace que el mundo sea un lugar mejor. El simple hecho de mirar a ese árbol me llena de alegría.

Todd se detuvo un momento.

-Vamos a cruzar la calle y lo veremos más de cerca.

-Sí, ¿por qué no? -sonrió Kevin.

Mientras esperaban que el tráfico se detuviera Todd le explicó cómo los antiguos druidas rendían culto a los árboles, especialmente a los robles.

-Pensaban que sus raíces llegaban hasta el inframundo, mientras el tronco vivía en este mundo y las ramas se elevaban hacia el cielo. Así, los árboles habitaban en los tres mundos al mismo tiempo. Ven, ¡vamos!

Todd cruzó la calle con sorprendente agilidad, seguido de Kevin.

Allí, a la sombra del viejo árbol, se sentía un fresco muy agradable. Todd miró hacia sus ramas con admiración.

-¿No te parece fabuloso? -susurró.

-Sí, por supuesto que sí.

-Ven, tócalo.

Kevin alargó el brazo y tocó el tronco.

-Bien. Ahora abrázalo.

-¿Qué?

-Que le des un buen abrazo. Así.

Todd abrió los brazos y cobijó en ellos al tronco del árbol durante unos segundos. Cuando terminó sus ojos brillaban.

-¡Ahora te toca a ti!

Kevin abrazó al árbol tímidamente y con renuencia. -Así no. Así no es como abrazarías a un buen amigo. Imagínate que es tu mejor amigo. Así, eso está mucho mejor.

Kevin abrazó al árbol durante unos instantes y, mientras lo hacía, sintió una extraña sensación en su interior.

- ¿Qué tal? -le preguntó Todd cuando Kevin hubo terminado de mirar hacia todos lados tratando de descubrir si alguien lo había visto-. ¿Qué has sentido?

Kevin parecía un poco turbado.

-No esperaba algo así. Ha sido como si el árbol me hubiera dado ánimos.

-Ha repuesto tu alma.

-Sí, podríamos llamarlo así.

-¿Sabes por qué? Kevin sacudió la cabeza.

-Porque el árbol está vivo. Y responde a lo que le dices, incluso a lo que piensas. Y, por supuesto, responde a los abrazos.

-¿Aprendiste esto de los druidas? -preguntó Kevin bromeando deliberadamente.

-En cierto modo, sí -Todd contestó en serio-. Lo leí en algún libro. Al principio me pasó como a ti, lo hacía con timidez. Luego me convertí en un abrazador de árboles nocturno, haciéndolo en la oscuridad, cuando nadie me pudiera ver. Ahora ya no me importa. Abrazo árboles donde

quiera que vaya. Es una de las ventajas de ser viejo. ¡La gente pasa de tus cosas! Pero debes recordar, Kevin, que cada vez que lo desees te puedes revitalizar y reponer abrazando a un árbol. Posiblemente sea mejor abrazar a un buen amigo, pero cuando no haya amigos a mano, abraza a un árbol.

Caminaron en silencio de regreso al apartamento de Todd. Kevin estaba hundido en sus pensamientos.

En la entrada le dijo:

-Todd, has cambiado mi vida. Nunca conocí a nadie como tú. Gracias, muchas gracias.

-Esta bien, Kevin. Sube y comeremos algo, luego me tendrás que disculpar, pues tengo cosas que hacer.

-¿Me voy ahora?

-No. Será un placer si me acompañas en la comida. ¿Tienes algún lugar donde ir, no?

-Por supuesto. Iré a mi casa.

Más tarde, cuando Kevin se disponía a irse, Todd le hizo prometer que le visitaría al día siguiente.

-Recuerda lo que hemos hablado -le dijo-. El día de hoy es todo cuanto tenemos. Vive en el presente, no en el pasado. Y, también, abraza a la vida. No sólo a los árboles, aunque ello sea importante. Abraza totalmente a la vida. Y nunca desaproveches la oportunidad de dar un abrazo.

A Kevin se le humedecieron los ojos y abrazó estrechamente a Todd.

-¿Ves? Estoy aprendiendo -le dijo mientras lo soltaba.

# *Abraza los árboles y abraza la vida*

## *Capítulo 3*

A las siete en punto de la tarde estaba Kevin llamando al timbre del apartamento. En el momento en que se disponía a pulsar el botón por segunda vez, sonó en el intercomunicador la voz de Todd.

-¿Es quien yo me imagino que es?

-Sí Todd. Soy yo, Kevin.

-Sube.

Kevin oyó cómo la cerradura se abría y entró en el edificio. En lugar de tomar el ascensor subió por las escaleras. Frente a la puerta de Todd había un símbolo yin-yang rodeado por unas figuras hechas con tres líneas rectas. Cuando Todd abrió la puerta seguía mirando dicho símbolo.

-Bienvenido, Kevin. Veo que te llama la atención mi pakua.

-¿Pakua? Apuesto a que también hoy voy a aprender cosas nuevas. Impulsivamente Kevin abrazó a Todd. Luego éste lo examinó detenidamente.

-Tienes mucho mejor aspecto -dijo.

-¿En sólo veinticuatro horas? -rió Kevin. Todd asintió.

-Es la primera vez que te oigo reír. Es un sonido muy agradable. Deberías reír mucho más. Todos deberíamos hacerlo. Es muy bueno, tanto para la salud física como para la mental, y no me sorprendería que también lo fuera para la salud espiritual.

Todd llevó a Kevin al salón y sirvió dos whiskys. Le explicó que la señora que le hacía la limpieza estaba hoy cocinando la cena para que ellos, mientras tanto, pudieran hablar.

-Vamos fuera, a la terraza.

El sol poniente proyectaba una suave luz dorada sobre la bahía. Los ojos de Kevin se posaron inmediatamente en el muelle. Algunas personas estaban allí pescando, aprovechando la marea alta. Hasta la terraza de Todd llegaban sonidos de risas y voces de niños, transportadas por la suave brisa.

-Esto es el paraíso -dijo Kevin.

-Realmente lo es -asintió Todd-. Hace ya muchos años que deseaba vivir en este lugar.

Tardé en lograrlo, pero aquí estoy. Y estoy todo lo cerca del cielo que deseo estar, por ahora.

Kevin se inclinó hacia fuera mirando el lento transcurrir del tráfico.

-Siempre hay movimiento -dijo Todd-, pero especialmente en los fines de semana. La gente sale a dar una vuelta, a comer fuera o a pasear. Es una zona muy concurrida.

-¿No desearías algunas veces que fuera un poco más tranquila?

-No -Todd movió la cabeza negativamente-. Lo bueno es que la mayoría de las personas que pasan por aquí lo hacen con la intención de divertirse. Por supuesto, cada mañana y cada noche hay gente que va y viene a sus trabajos, pero el resto del tiempo quienes circulan por aquí lo hacen por placer y eso me gusta. Tal vez capto sus buenas vibraciones.

-No me sorprendería lo más mínimo –sonrió Kevin.

Todd soltó una carcajada y Kevin lo secundó. -La cena está servida.

Kevin se volvió, viendo a la señora de la limpieza de Todd. Era una mujer de unos cuarenta y cinco años, sorprendentemente atractiva, que le tendía la mano sonriente.

-¡Hola! Me llamo Elsbeth. Tú debes ser Kevin.

-Sí. ¿Cómo está usted?

-¡Ah! ¡Un verdadero caballero! -Elsbeth le hizo una cómica reverencia-.  
Pasad.

La mesa estaba puesta para tres. Y, en cuanto estuvo servida la comida, Elsbeth se sentó y comió con ellos. Era evidente que Elsbeth sentía un enorme aprecio por Todd, pues continuamente estaba pendiente de él y lo tocaba con frecuencia. Kevin sintió una ligera sensación de envidia mientras los miraba. Esto es una locura, pensó para sí. ¿Cómo puedo sentir envidia de un anciano y una mujer de mediana edad?

La compañía de Elsbeth era muy agradable. Le contó a Kevin sus peripecias de viuda con dos hijos a su cargo de un modo tan divertido que éste tuvo que reír con frecuencia.

-Ahora es tu turno -le dijo Elsbeth tocándole suavemente el dorso de la mano-.

¡Cuéntame de ti!

-No hay mucho que contar -dijo Kevin-. Nací no muy lejos de aquí, hace veintiocho años.



Estaba casado, pero ahora estoy separado. Y hasta hace aproximadamente un mes tenía un negocio de ordenadores.

Elsbeth le palmeó amablemente la mano.

-Y ahora, ¿qué vas a hacer?

-En realidad no lo sé -Kevin sacudió la cabeza-, todo ha sido tan rápido. De pronto sintió que las lágrimas iban a desbordarse, por lo que miró apresuradamente al plato para que ellos no se dieran cuenta.

-Pobrecito -oyó que decía Elsbeth.

Después del café, que tomaron en el salón, Elsbeth lavó los platos y se fue, besando en el momento de despedirse a Todd y a Kevin en la mejilla.

-¡Buena suerte! -le dijo a Kevin.

-¿Es ella tu... mujer de la limpieza? -preguntó Todd cuando Elsbeth ya se había marchado.

Todd rio quedamente.

-Es mi ama de llaves, mi mujer de la limpieza y mi conciencia.

-¿Nada más?

-¿No te parece bastante? Bueno... No pensé que sería tan evidente. Ella lo es todo para mí.

-¿Por qué no vive aquí?

-Es ella quien lo ha decidido así, no yo. -Todd se aclaró la garganta y cambió de tema.

-¿Qué hiciste ayer tarde y durante el día de hoy?

-Fui a casa e hice algunas cosas. Lavé la ropa, di de comer al gato y me acosté temprano.

-¿Y hoy?

-Di de comer al gato y permanecí en la cama casi toda la mañana. ¡Y esta tarde abracé a un árbol!

-Eso está bien -sonrió Todd-. ¿Te sentiste mejor luego?

-Sí, creo que sí. Ello me hizo pensar en las otras cosas que me dijiste. Es difícil olvidarse del pasado.

-Ya lo sé, pero sigue trabajando en ello. Lo lograrás.

-Eso espero. Luego volví a casa, me lavé un poco y me vine para acá.

-¿Y qué vas a hacer mañana?

Kevin sacudió la cabeza e hizo una mueca.

-No tengo ni idea.

-¿Sabes lo que significa eso?

-¿Qué?

-Significa que mañana va a ser un día desperdiciado, como la mayor parte del día de hoy. ¿Qué tienes tú que no tenga yo? ¡Tiempo! Eso es lo que tú tienes. A tu edad y con tu salud tienes al tiempo de tu parte. Pero debes utilizarlo sabiamente. Desperdiciar demasiado tiempo es un crimen. Pero no me malinterpretes, Kevin, quiero que desperdicies algo de tu tiempo. Todos necesitamos un tiempo para descansar y para no

hacer nada. Pero eso no es lo que has estado haciendo hoy. Has estado huyendo de la realidad y has desperdiciado un tiempo precioso.

-¿Qué debía haber hecho? Todd separó las manos.

-Podrías haber hecho muchas cosas. Podrías haber llamado por teléfono a tu esposa para decirle cómo estaba el gato y luego podríais haber hablado de otros asuntos. Podrías haber telefoneado a tu contable para averiguar en qué situación se encuentra la liquidación del negocio. Podrías haber pensado algo constructivo sobre el futuro. Dime,

¿Cuánto te va a durar el dinero que tienes?

-No mucho.

-¿Una semana? ¿Un mes? ¿Un año?

-Un mes, tal vez un poco más.

-Está bien. Es un respiro. Supongamos que te dura seis semanas. ¿Qué es lo que deseas lograr en seis semanas?

-No tengo ni idea. . Todd sacudió la cabeza.

-Eso es una locura. ¿No te marcabas metas en tu negocio? Si no lo hiciste mereces haber fracasado. Quiero que vayas a mi despacho. Allí encontrarás papel y sobres. Escribe en una hoja todas las cosas que quieres hacer en estas seis semanas. Luego cierra el sobre y dámelo a mí. Te prometo que no voy a leer lo que has escrito. Dentro de seis semanas te lo daré.

-Eres un tirano ¿lo sabías? -elijo Kevin, pero se levantó y fue hacia el despacho de Todd.

Antes de sentarse miró algunos de los libros que cubrían las paredes.

Había libros de psicología y de autoayuda, de ventas y de administración de empresas, de literatura y de poesía, y una gran colección de libros sobre temas de actualidad y sobre política. En el estante inferior de una de las paredes había una buena selección de novelas de aventuras y de suspenso. Al menos, Todd tenía algunos libros que también él había leído.

Treinta minutos después volvía al salón y le entregaba el sobre a Todd. Éste lo aceptó con seriedad y lo puso bajo un conejo de cerámica que había sobre la repisa de la chimenea.

-¿Ha sido difícil? -le preguntó.

Una vez hube comenzado, ya no -dijo Kevin-. Lo más difícil ha sido empezar a pensar en el futuro.

-Está bien.

-¿Has establecido alguna meta para tu matrimonio?

-No. Sólo objetivos de negocios.

-Eres el hombre de negocios típico -sonrió Todo-. Dime, ¿has incluido alguna meta de tipo personal?

-Sí.

-Excelente, Kevin. Estoy orgulloso de ti. ¿Sabes que casi nadie se marca metas para él mismo? Si no sabes dónde quieres ir, ¿cómo encontrarás el camino para llegar? Es algo realmente triste. Y supone una pérdida enorme. ¡Todos tenemos un potencial tan grande en el cerebro! Y, sin embargo, casi nadie hace algo tan simple como marcarse un plan para el futuro. Yo creo que ni un cinco por ciento de la gente lo hace. Ello

significa que el noventa y cinco por ciento de la población carece de metas -Todd palmeó el hombro de Kevin-. ¡Bueno, ya has aprendido la tercera!

-Ya veo. Vive el día de hoy. Abraza a los árboles y a la vida. Y márcate metas. Dime, Todd, ¿cuántas normas hay?

-Siete, por lo que ya casi estás a la mitad, pero no son normas. Yo las considero como pasos. Como las piedras sobre las que hay que pisar para vadear un río. ¡Si no pones el pie sobre ellas, te mojas! -Todd miró su reloj-. No es tarde, pero tienes todo un sobre lleno de metas en las que ponerte a trabajar, así que mejor si te vas. ¿Qué te parece si nos vemos a esta misma hora la semana próxima? -rió al ver la expresión del joven-. Ya sé, sería agradable vernos mañana y pasado... pero hay cosas que tienes que hacer tú solo. Durante esta semana establece algunas metas a más largo plazo. Y si quieres, la próxima semana me puedes hablar de ellas. ¡Estoy ansioso por saber qué has hecho en estos siete días!

# Márcale metas

## Capítulo 4

Durante tres días Kevin permaneció motivado. Fue a ver a su contable y estableció un plan para hacer frente a las deudas pendientes. Telefonó a su esposa dos veces y, en la segunda ocasión, le dijo cuánto la quería.

-¿Quieres venir a cenar? -le preguntó Sandy.

Kevin se quedó tan sorprendido que no le salían las palabras.

-¿Cenar? ¿Con tus padres?

-Por supuesto. ¿Quieres venir esta noche? Ven, te esperamos a las seis y media.

-Sí... hasta luego entonces.

Al llegar fue ella quien le abrió la puerta. Llevaba el vestido de verano azul que a él tanto le gustaba. La encontró tan bella que al verla se quedó parado, con la boca abierta.

-¿No vas a pasar?

-Sí, perdona -al entrar fue a besarla, pero ella se hizo a un lado, tendiéndole la mano. Él la retuvo brevemente y luego se la besó.

-Hola, Kevin, ¿cómo estás?

Mónica, la madre de Sandy, lo miró de arriba abajo con evidente disgusto. Sus labios fruncidos mostraban su desaprobación hacia la mayoría de las cosas de este mudo, pero especialmente hacia Kevin.

-Cada vez mejor, gracias -respondió Kevin.

-Entra -dijo Mónica-. Duncan te está esperando.

Cuando Kevin llegó al salón, el padre de Sandy logró componer una sonrisa. Le señaló los licores.

-Sírvete.

Kevin vio que Sandy y Mónica se iban a la cocina para dejarlos solos. Se sirvió un poco de whisky y se sentó en un sillón, al lado de su suegro.

-¿Tienes ya trabajo? -le preguntó Duncan mientras se palmeaba reflexivamente su abultado estómago.

-Todavía no. Lo estoy buscando.

-Sandy me ha dicho que has conocido a cierto gurú. Durante un momento Kevin no supo a quien se refería.

-¡Ah! ¿Te refieres a Todd? rio Kevin-. No es ningún gurú. Es sólo un hombre bueno que me ha estado ayudando.

-Metiéndote ideas extrañas en la cabeza. Kevin sacudió la cabeza y suspiró.

-Justamente todo lo contrario. Me está ayudando a volver a la normalidad, eso es todo.

-Sandy me ha dicho que te ha dado ciertas leyes del éxito...

-Son una especie de pautas. Hasta ahora sólo me ha dado tres, pero en total son siete. Mira, yo no llegué donde he llegado siguiendo pautas -dijo Duncan-. Lo que tú necesitas es un trabajo seguro para poder mantener tu casa. De ese modo, Sandy y tú podríais vivir cómodamente, como Mónica y yo.

-No quiero un trabajo seguro. Quiero más que eso.

-No vamos a dejar que Sandy vuelva con un soñador. Tienes que afrontar los hechos, Kevin. La vida es dura. Es difícil. Lo que necesitas es un trabajo seguro: en el que recibas una buena paga todos los meses.

-¡Como tú!

Duncan se palmeó de nuevo el estómago.

-Exactamente, como yo -le sonrió a Kevin-, no me ha ido tan mal.

Sí, pensó Kevin. Treinta años trabajando en una planta procesadora de leche le habían permitido a Duncan tener una casa modesta, una mujer regañona y una hija mimada. Tal vez también algo de dinero en el banco, pero el hecho es que vivía con la constante amenaza de perder el empleo debido a las innovaciones tecnológicas.

-Yo aspiro a algo más -dijo Kevin. Duncan lo miró sorprendido.

-¿Más? -su voz se elevó-. ¿A qué más puedes aspirar?

-No lo sé -Kevin sacudió su cabeza murmurando-, y me gustaría saberlo.

La cena fue una prueba difícil. Duncan le dijo una y otra vez que abandonara sus sueños y se buscara un trabajo. Cualquier trabajo. Mónica mantuvo todo el tiempo una actitud desaprobadora y sacudía con frecuencia la cabeza: Sandy comió en silencio mirando al plato.

-¿Y qué pasa con tu socio? -le preguntó Duncan mientras Mónica retiraba de la mesa los platos del postre-. ¿Has encontrado ya suficientes evidencias?



-He decidido no seguir con ello. Creo que es mejor olvidarse de ese asunto y mirar hacia adelante.

-¿También eso te lo ha dicho tu gurú?

-¡No es ningún maldito gurú! -Kevin se dio cuenta de que había gritado

-Perdón, no quería levantar la voz. Todd me está ayudando, lo cual es mucho más de lo que ninguno de vosotros estáis haciendo.

Duncan y Mónica se miraron.

-Creo que es mejor que te vayas -dijo Mónica-. Si no aprecias lo que estamos tratando de hacer por ti, mejor vete.

Mientras daba vueltas en la cama sin lograr dormirse, Kevin repasó mentalmente una y otra vez lo ocurrido en casa de sus suegros. Tal vez era verdad que no estaba apreciando su ayuda. Quizás debía haberse esforzado más por ver las cosas desde el punto de vista de ellos. Tenían ante sí al joven que se había casado con su hija, habiendo fracasado ahora en los negocios. Es natural que se preocuparan por la seguridad de Sandy. Pero se trata de su vida. Y él deseaba lograr en la vida más de lo que Duncan había logrado. Y tenía todo el derecho a intentarlo y a conseguirlo. Por otro lado, ¿no estaría dejándose influenciar excesivamente por Todd?

¿Funcionarán realmente sus siete normas o sus siete piedras para cruzar el río, como él las llama?

Finalmente y sintiéndose más confundido que nunca, se durmió cuando ya amanecía. El gato lo despertó a la hora de la comida, lamiéndole la cara para hacerle ver que ya era hora de levantarse.

Trató de permanecer ocupado en la casa para evitar tener que pensar, pero por la tarde se sintió otra vez deprimido. Tomó el teléfono y marcó el número de Todd, pero colgó antes de que alguien contestara. Miró alrededor del salón, ahora casi vacío, después que Sandy se había llevado todas sus cosas. La falta de adornos y de muebles le trajo otra vez a la mente el fracaso de su negocio y el desastre de su matrimonio y también su carencia de planes para el futuro.

-Voy a salir a abrazar un árbol -se dijo a sí mismo.

Era una tarde fría. Suspendidos en el aire se veían ligeros velos de niebla. Kevin caminó con rapidez para mantener el calor y, al hacerlo, su ánimo se elevó un poco.

Por primera vez en varias semanas comenzó a pensar seriamente en su futuro. El problema es que no sabía exactamente qué era lo que quería hacer. Y seguía viviendo parcialmente en el pasado.

Con la luz del crepúsculo el parque tenía un aspecto desamparado. Incluso los árboles parecían un poco decaídos. El ambiente era triste e incluso ligeramente siniestro.

Kevin salió del sendero y caminó sobre la mullida hierba para llegar a un grupo de árboles. Por un momento sintió miedo, como el niño que teme la aparición de un ogro. Sonrió recordando cómo a los cinco años miraba debajo de la cama para asegurarse de que nada ni nadie estaba allí escondido.

Extendió el brazo y tocó el primer árbol. La sensación que captó no fue buena. Penetró más en la espesura. El segundo árbol lo sintió mejor, pero tampoco emanaba energía positiva. Se preguntó si habría algún roble en aquel parque. Al tercer árbol lo sintió ya mucho mejor, pero su tronco era delgado y curvo. Sin embargo, aparentemente respondía al tacto de Kevin.

Impulsivamente puso ambos brazos a su alrededor y lo abrazó con fuerza. ¡Respondió! Le pareció que se enderezaba y sintió su energía surgiendo del tronco. ¿O todo era imaginación suya?

Esperó un momento y luego lo abrazó de nuevo. Sí, aquello era algo real. El árbol respondía a su tacto y Kevin sintió que su depresión se disipaba lentamente. Abrazó al árbol por tercera vez, ahora durante un buen momento.

-Gracias -le dijo con suavidad mientras se disponía a irse.

Caminó hacia atrás para verlo mejor mientras se alejaba, a fin de poderlo reconocer la próxima vez, cuando de pronto tropezó con algo y cayó al suelo de espaldas.

Estaba tan pasmado que incluso se olvidó de maldecir. En ese momento sintió que el bulto con el que había tropezado se estaba moviendo.

-¡Dios mío! -suspiró.

De un salto se incorporó sobre sus pies, mientras el corazón le latía como una locomotora. Luego miró con atención. ¡Era un cuerpo! Lo empujó suavemente con el pie y el cuerpo tosió.

Disipado su pánico se arrodilló junto a la persona acostada y casi sintió náuseas. Quien quiera que fuese hacía mucho, mucho tiempo que no se lavaba.

-¿Está usted bien? No hubo respuesta.

Kevin le sacudió suavemente el hombro.

-¡Aaaaahhh! -El sonido surgió profundo, seguido de un suspiro.

-¿Se encuentra usted bien?

La persona comenzó a moverse y se sentó despacio. Con sus ojos ya acostumbrados a la oscuridad, Kevin vio que se trataba de un anciano, cuyo cabello gris le llegaba hasta los hombros. Llevaba una especie de abrigo largo y oscuro que apestaba.

El hombre estuvo tosiendo durante más de un minuto mientras la totalidad de su cuerpo se sacudía con el esfuerzo.

-¿Necesita ayuda? -le preguntó Kevin cuando dejó de toser. Evidentemente era un vagabundo que vivía en aquel parque, probablemente alcohólico.

-¿Usted qué cree? -respondió el hombre con acritud. Su boca se abrió en una mueca que tal vez pretendía ser una sonrisa, revelando una serie de dientes podridos. La fetidez de su aliento era casi insoportable.

Kevin se levantó para irse.

-¡Me despierta, me pregunta si necesito ayuda y luego se va! -dijo el hombre-. Y además, ¿qué está usted haciendo aquí?

-Eso quisiera saber yo -dijo Kevin-. Mire, yo vivo no muy lejos de aquí. ¿Quiere usted tomar un baño y dormir en una cama esta noche?

-¡Un maldito bienhechor! -dijo el hombre con disgusto-. ¡Váyase!

-Le puedo traer algo de comer.

-¡Váyase y déjeme dormir!

El vagabundo se acostó de nuevo envolviéndose en su abrigo y se dispuso a dormir otra vez. Kevin se quedó mirándolo un momento y luego regresó despacio a su casa.

Su ánimo se elevó a las alturas cuando vio el coche de Sandy estacionado frente al edificio. Al llegar él, la puerta delantera se abrió y su esposa salió a la acera.

-¿Dónde estabas? -le preguntó.

-Salí a dar un paseo -respondió Kevin, pensando que no era buen momento para decirle que había ido a abrazar un árbol-. ¿Qué haces aquí?

-Esta todavía es mi casa -respondió ella.

-Por supuesto. -Kevin deseaba desesperadamente abrazarla, pero ella se hizo a un lado y caminó hacia el edificio-. ¿Quieres un café? Mientras lo tomamos podemos hablar.

Sandy pareció pensarlo. De repente sonrió y Kevin por un momento captó un destello de la esposa que él amaba. Extendió su mano. Sandy la tomó y permitió que la llevara hasta el salón.

-Anoche no parecías muy normal -dijo ella cuando él hubo terminado de preparar el café-. Pensé que sería bueno venir a ver cómo estabas.

-Gracias -sonrió Kevin-. Hoy he estado un poco deprimido, pero el paseo me ha sentado bien. El hecho de verte aquí también me anima mucho. Además, he estado pensando en los consejos de Todd. Están siendo de gran ayuda. Me he esforzado por seguir los siguientes pasos hacia el éxito.

-¡Oh, Kevin! -exclamó Sandy-, ¿cómo puedes hablar de éxito en estos momentos, cuando ni siquiera tienes un trabajo. ¿Quién va a pagar la hipoteca de esta casa el mes que viene?

-Sandy, Todd me está ayudando a organizarlo todo. Me ha hecho marcarme ciertas metas y una de ellas es precisamente encontrar un trabajo.

-Mira, Kevin -Sandy habló apresurada-, no deberías perder el tiempo en esas tonterías de «cómo hacerse rico». Las ideas de Todd son demasiado fantásticas, son cuentos de hadas. Busca un empleo, gana algún dinero y, entonces, quizás podamos hablar y volver a estar juntos de nuevo.

-Así, ¿todo es cuestión de dinero?

Sandy agitó la cabeza y también las manos con desesperación.

-Me estás malinterpretando a propósito -dijo-, el dinero no tiene nada que ver en esto.

Eres un soñador, Kevin, y así no puedes ir por la vida. Antes o después tendrás que enfrentarte a la realidad. -Sandy tomó el último sorbo de café y se puso en pie-. Mis padres tienen razón. En este momento hablar contigo no sirve de nada. Tal vez lo que necesitas, como dice papá, es tocar fondo. Según él, eso te hará abrir los ojos, si no te destruye totalmente.

Esa noche, en la cama, Kevin dio otra vez vueltas y más vueltas. Tal vez Sandy tenía razón. Quizás el modo de pensar de Todd le había atraído sólo porque se encontraba en un estado deprimido y vulnerable. Tal vez era realmente un soñador incorregible. Sandy así lo creía. Al menos

parecía preocupada por él. Gracias a Dios que no le había hablado de sus abrazos a los árboles.

Al día siguiente volvió al parque muy temprano. El hombre seguía dormido en la misma posición. Sin hacer ruido, Kevin dejó junto a él una bolsa con sándwich y algo de fruta. Tocó suavemente al árbol que había abrazado la noche anterior y se fue.

Los dos días siguientes repitió la misma acción, siempre por la mañana muy temprano, pero al tercer día el hombre no estaba en el mismo lugar.

Kevin exploró todo el parque esperando encontrarlo. Vio a otros vagabundos, pero ninguno se parecía al que él buscaba.

Tras dos horas de búsqueda dejó silenciosamente la bolsa de comida junto a una mujer de mediana edad que estaba sentada en un banco, balanceando su cabeza arriba y abajo al son de alguna música invisible. Ni siquiera lo miró, pero tan pronto como pensó que no estaba ya al alcance de su vista, se apoderó de la bolsa.

Unas horas después llegaba al apartamento de Todd. Éste parecía cansado y pálido, pero escuchó con mucho interés el relato de lo que Kevin había hecho durante la semana.

-¿Por qué seguiste llevándole comida a ese hombre? -le preguntó una vez hubo terminado.

Kevin se encogió de hombros.

-Porque la necesitaba, supongo.

-Sin embargo, estás escaso de dinero.

-Espero que sólo momentáneamente -dijo Kevin-. Supongo que le llevé la comida porque ello me hacía sentirme bien. Vi que había alguien en peor situación que yo y el hecho de poderle ayudar me hizo sentir bien.

-Así, lo hiciste porque ello te hacía sentir bien -el anciano sacudió su cabeza lentamente-. Es una buena razón -dijo sonriendo a Kevin que permanecía arrellanado en el sofá de piel-, ¡hiciste bien!

-Gracias. Todd rio.

-Eso está todavía mejor. ¿Sabes que el hecho de haber usado simplemente la palabra «gracias» significa que tu autoestima es buena?

-¿Tan fácil es saberlo?

Todd asintió. Kevin se dio cuenta de que el anciano parecía haberse encogido durante la semana transcurrida. desde la última vez que se vieron. Su rostro estaba más delgado y el traje que colgaba de su cuerpo parecía excesivamente holgado, aunque sus ojos permanecían intensos y vivos.

-¿Recuerdas lo que escribiste la semana pasada en el sobre?

Kevin levantó la vista y miró hacia la repisa de la chimenea. El sobre seguía estando allí.

-Por supuesto que lo recuerdo.

-Eran metas.

-Exacto.

-¿Qué has hecho hasta ahora para conseguir esas metas? Kevin sacudió la cabeza y fijó la vista en la alfombra.



-No ha sido fácil -murmuró-, tampoco he tenido mucho tiempo para pensar en ello.

Además, ¿quién me va a dar trabajo? ¡Soy un fracasado!

-Sí, lo eres, pero sólo si tú crees que lo eres. Yo no estoy viendo a ningún fracasado sentado en mi sofá. Veo a un joven, lleno de promesas y con un futuro brillante.

-Mis suegros sí me ven como un fracasado.

-¿No te ha llegado ninguna oportunidad durante toda esta semana? Kevin sacudió la cabeza.

-Está bien. Creo es hora de que vayamos a dar una vuelta.

-¿Vamos a salir? ¿Antes de cenar?

-La cena puede esperar. Esta vez tal vez tenga que apoyarme un poco en ti. Mis piernas están un poco débiles.

-¿Estás seguro de que deberíamos hacer esto? -le preguntó Kevin cuando habían caminado unos seiscientos metros.

-«Debería», «quizás» e «intentarlo» son palabras que no existen en mi vocabulario.

-Está bien -suspiró Kevin.

Se detuvieron y se sentaron en un banco, viendo pasar a los coches. Al otro lado de la avenida los restaurantes comenzaban ya a llenarse y las alegres risas de la gente que comía en la calle llegaba hasta ellos. Todd señaló con la mano a una librería de segunda mano que estaba ya cerrando.

-¿Ves esa librería? Su dueño es amigo mío. Se llama Mike. Hace veinte años estaba como tú. Ahora tiene un próspero negocio y es totalmente feliz. Le encantan los libros, así que, ¿qué podía ser para él mejor que una librería? Le surgió una oportunidad y la cazó al vuelo.

-¿Gana mucho dinero con su librería? Todd rio.

-¡Por el amor de Dios! ¿Qué es el dinero? Está haciendo algo que le gusta. ¿No es eso suficiente recompensa?

Kevin sacudió la cabeza.

-Yo creo que no.

Todd le tomó el brazo con repentina fuerza.

-¡Eso está bien! Ahora ya sabemos que lo que tú quieres es ganar dinero.

-Espera un poco, ¿no es lo que todo el mundo quiere? Todd rió de nuevo.

-En este mundo en que estamos todo el mundo necesita dinero para vivir, por lo tanto todos ganamos dinero. Pero cuando tú dices que lo que quieres es ganar dinero, supongo que te refieres a mucho dinero.

-Para ti es fácil de decir, pues es evidente que tienes bastante. Todd negó con la cabeza.

-Nadie tiene bastante, Kevin. Todos queremos un poquito más. Yo tengo suficiente para cubrir mis necesidades pero, ¿sabes?, ésa era una de mis metas. No creo que ganar dinero estuviera entre las metas de Mike. Las tuyas son otras. -Todd soltó el brazo de Kevin y miró al tráfico durante un minuto-. Vamos a ver a Mike antes de que se vaya a su casa.

Kevin dejó de mala gana que Todd lo guiara mientras cruzaban la avenida para llegar a la librería de Mike. La puerta estaba todavía abierta y un hombre alto y delgado, con un bigote enorme, se hallaba frente al mostrador. Al ver a Todd su cara se iluminó, corrió hacia él y le dio un gran abrazo.

-¡Qué alegría verte! -exclamó. Seguidamente miró por encima del hombro de Todd y guiñó un ojo a Kevin-. ¡También a ti! -le dijo.

Mike se sentó en el mostrador y sonrió a los visitantes.

-Soy uno de los protegidos de Todd -le dijo a Kevin-, quizás ya te lo haya dicho él.

-Me ha dicho que eres el dueño de esta librería porque te gustan los libros.

-Ese es uno de los consejos de Todd: debes amar aquello que haces. Es curioso, pero nunca había pensado en ello hasta que Todd me lo dijo.

-Yo también estoy aprendiendo -dijo Kevin.

-¿Ganas mucho dinero? -le preguntó Todd. Mike sonrió.

-Supongo que gano lo suficiente. Con este negocio nunca ganaré una fortuna, pero...

-hizo una pausa mientras miraba sus estanterías llenas- me lo paso muy bien -miró a Kevin-. ¿Acaso no es eso lo más importante? Kevin asintió lentamente.

-Pero yo sigo queriendo ganar dinero.

-¡Maravilloso! -Mike extendió las manos-. ¡Haz algo que te guste y gana dinero con ello!

-Pero tú estás haciendo algo que te gusta y sólo sacas para ir viviendo. Mike rio.

-Sí y no. Lo que ocurre es que la mayor parte del dinero que me llega lo vuelvo a invertir en el negocio. Al vender, lo recuperaré. También colecciono primeras ediciones, cuyo valor se incrementa cada día.

-¡O sea, que sí estás ganando dinero!

-El dinero no es nada, Kevin -le explicó Mike-, yo trabajaría aquí gratis, ya que esto me encanta.

Una vez fuera de la librería de Mike, Todd sonrió al verla confusión reflejada en el rostro de Kevin.

-Quieres ganar dinero, Kevin. Eso lo tenemos ya claro. Es una meta buena y positiva.

¿Qué otra cosa deseas?

-No quiero trabajar otra vez con ordenadores.

-Está bien. A eso le podríamos llamar una meta negativa. Sabes lo que no quieres, pero no sabes lo que quieres.

-Algo así. Tal vez podría volver al periodismo. Así empecé mi carrera. Aunque realmente me parece que tampoco quiero hacer eso otra vez.

-Mira, Kevin, mira a tu alrededor. Justo en este preciso instante estás rodeado de oportunidades.

Kevin miró a su alrededor. Las luces de la calle se habían iluminado ya y la mayoría de los coches era simplemente un borrón luminoso. De uno de los restaurantes llegaba el sonido de música italiana.

-¿Dónde?

Todd rio quedamente.

-Por todas partes, Kevin. Te lo voy a mostrar. ¿Ves este río de coches que pasa sin cesar?

-Por supuesto.

-Bien. ¿Cómo te podrías beneficiar con ellos? Pues podrías buscarte un trabajo como vendedor de coches. Estacionándolos. Creando aparcamientos. Podrías pintar coches. Podrías inventar o vender alguno de los cientos de artículos que hay en un coche o que la gente compra para poner en el coche.

-Ya entiendo -rio Kevin-, pero el asunto es que tampoco me veo trabajando con coches. Todd levantó los hombros.

-Está bien. Mira todas esas tiendas. Si realmente lo quisieras podrías tener una de ellas.

Podrías trabajar en una de ellas. ¿Qué necesitan las tiendas? Necesitan a alguien que les arregle los escaparates. A alguien que les pinte letreros llamativos. A alguien que les lleve la contabilidad, que les limpie los cristales, que les venda estanterías, que barra y que limpie la acera frente a ellas. Podrías proveerles de artículos para que los vendieran.

Todd se sentó en la terraza de un café e hizo señal a Kevin para que lo imitara. Esperó a que éste estuviera sentado.

Kevin sonrió.

-¡Creo que ya entiendo! ¡Me has traído a la calle para que me dé cuenta de que el mundo está lleno de oportunidades, en cualquier dirección que mire! ¿No es así?

-Lección número cuatro.

-Me hubiera gustado que no dijeras esas palabras -musitó Kevin.

-¿Por qué?

-Porque ello significa que ya hemos superado la mitad de tu lista.

-Ya hemos pasado de la mitad de la lista, pero tú apenas acabas de comenzar. El rostro de Kevin se ensombreció.

-No te entristezcas -le dijo Todd-. Yo tardé setenta y ocho años en aprender siete lecciones. Tú has aprendido cuatro en poco más de una semana. Ayúdame otra vez a levantarme, creo que ya es hora de que volvamos a casa.

# *Las oportunidades están en todas partes*

## *Capítulo 5*

Durante toda la semana Kevin estuvo muy ocupado mandando solicitudes por correo para diversos trabajos y también hablando por teléfono a otros. Se sorprendió mucho al ver que su entusiasmo permanecía constante y pensó que tal vez ello fuera debido a las largas caminatas que daba cada día y a los árboles que abrazaba. Cada vez le resultaba más fácil hacerlo y cuando se encontraba con un árbol que le gustase ya no miraba alrededor antes de abrazarlo.

También habló mucho por teléfono con Sandy y no se preocupó porque Mónica o Duncan se mostrasen fríos o cortantes al contestar su llamada. Su positividad parece que terminó por afectar a Sandy y sus conversaciones fueron cada vez mas largas. Estaba ya seguro de que ella deseaba tanto como él estar juntos otra vez.

Telefoneó a Todd un par de veces, pero en ambas ocasiones le contestó Elsbeth diciéndole que Todd estaba dormido, descansando. En el momento aceptó sus explicaciones, pero una noche se despertó a las tres de la mañana tras haber tenido una pesadilla en la que soñó que Todd se hallaba muy enfermo.

Más tarde, esa misma mañana fue a visitarlo. Le abrió la puerta Elsbeth, llevándolo directamente al dormitorio de Todd. Era una habitación muy amplia, llena de libros, pero toda la atención de Kevin se centró en Todd, que yacía en una amplia cama de matrimonio. Parecía más frágil y más delgado que nunca, casi perdido entre las sabanas y los cobertores.

Al entrar Kevin en la habitación Todd sonrió y le tendió la mano.

-¡Qué alegría verte! -dijo. Su voz era débil, pero sus ojos chispeaban de contento por su visita.

Elsbeth ahuecó las almohadas y ayudó a Todd a incorporarse. Kevin tomó la mano de Todd y la mantuvo mientras se sentaba en una silla al lado de la cama.

-¿Desde cuándo estás enfermo? -preguntó Kevin con un ligero quiebro en la voz. Todd rio.

-No estoy enfermo, Kevin, simplemente un poco cansado. Mañana estaré ya mucho mejor.

-Bien -Kevin asintió varias veces con la cabeza aliviado-. ¿Hay algo que te pueda traer o que pueda hacer por ti?

Todd negó con la cabeza.

-Sólo quiero una cosa. Quiero saber cómo te está yendo. Kevin rio.

-Tus lecciones están dando fruto. Me siento mucho más feliz 'de lo que me he sentido en mucho tiempo. Mañana como con Sandy, lo cual es un paso en la dirección adecuada. He presentado solicitudes para tres trabajos y poco antes de salir de casa me han telefoneado para que mañana vaya a que me hagan la entrevista en uno de ellos. También he visto a mis acreedores y he hecho arreglos con todos ellos. -Kevin apretó la mano de Todd-. Te debo dar las gracias por todo esto, Todd.

Todd sonrió.

-Parece que estás yendo en la dirección correcta. Dime: cuáles son los trabajos a los que has mandado solicitudes.



-Bueno, uno de ellos es un trabajo de ventas. Equipos de oficina.

-¿Es eso lo que te gustaría hacer?

-Tal vez no, pero el que pide no puede exigir.

-¡Ni siquiera pienses eso, Kevin! Tu mente atrae aquello en lo que piensas. Y eso tú ya lo sabes -Todd pareció haber gastado toda la energía que tenía diciendo esta frase, por lo que se recostó hacia atrás, sobre las almohadas, respirando pesadamente.

-¿Estás bien?

-¡Sí! -musitó-. ¿Oíste lo que dije? Kevin sonrió.

-Eres un hueso duro de roer. Sí, te he oído y tienes razón. Siempre tienes razón. Todd sacudió la cabeza.

-Eso no es verdad, Kevin. Yo he cometido tantos errores como cualquier otro, probablemente incluso más que la mayoría. Cualquier cosa que yo te diga debes cuestionarla y comprobarla por ti mismo. No soy el oráculo ni el sabio de la tribu. Simplemente soy yo.

-Doy gracias a Dios por ello.

-Luego hablaremos de eso. Ahora háblame de los demás trabajos.

Kevin le explicó a Todd que uno de ellos era como vendedor de materiales de construcción y el otro como director de almacén en una empresa de distribución de papelería. Cuando hubo terminado, Todd sacudió lentamente la cabeza.

-Todos ellos son trabajos a corto plazo -terminó Kevin-, simplemente para salir otra vez a flote económicamente.

-¿Te parece ello justo, desde el punto de vista de quien te va a dar el empleo?

-La gente cambia de empleo constantemente. Todd permaneció silencioso durante un rato.

-Tienes que clarificar tus metas un poco más, creo. Dile a Elsbeth que te dé unas hojas de papel.

Todd espero a que Kevin estuviera sentado de nuevo para comenzar a hablar.

-En la primera hoja escribe algo acerca de ti. ¿Quién eres? Kevin hizo una mueca.

-En realidad no sé quien soy.

-Claro que lo sabes -rio Todd-. Incluso alguien que no te conociera ni te hubiera visto nunca sabría ya un par de cosas de ti.

-¿De verdad?

-¡Por supuesto! Eres un ser humano, ¿no? Y eres un hombre. Escríbelo.

-Todd miró cómo Kevin escribía aquellas palabras-. Está bien. ¿Qué más?

Vigiló cómo Kevin escribía su propio nombre.

-¡Bien! Ya tenemos tres. ¿Qué más? Kevin suspiró y jugó con el lápiz.

-No lo sé -dijo tras un momento.

-Bueno -dijo Todd-, escribe tu nacionalidad. Ahora tu edad. La otra noche me dijiste que querías ser rico. Escribe «rico».

-¡Pero no lo soy! Es más, me estoy quedando ya prácticamente sin dinero.

-Eso no importa. Escríbelo de todos modos, porque vas a ser rico. Atraemos aquello en lo que pensamos.

-Sí, ya sé, ya sé -asintió Kevin.

-¡Tal vez, pero voy a seguir recordándotelo hasta que realmente creas en ello! -Todd miró pensativamente a Kevin-. Ahora algo difícil. ¿En realidad quieres volver con tu esposa?

-Sí, totalmente.

-Bien. Escribe ahí «feliz en mi matrimonio».

-¡Pero estoy separado! -Kevin sonrió al ver la mirada que Todd le lanzaba-.

-Está bien. Lo escribo.

Veinte minutos tardó Kevin en escribir dieciséis cosas sobre él mismo.

-¡Ya está bien! -dijo después de estar chupando el lápiz durante un momento-, no se me ocurre nada más.

-De acuerdo -aceptó Todd.

De repente le sobrevino un ataque de tos y Kevin tuvo que incorporarlo y palmearle la espalda. Kevin se horrorizó al ver lo frágil que Todd parecía. Cuando el ataque remitió le dio un vaso de agua que había sobre la mesita de noche. Todd la bebió toda. Al devolverle el vaso, sonrió.

-¡Me ha hecho mucho bien! -exclamó.

-¿Dónde estábamos? Sí, ya sé. Ahora quiero que me digas lo primero que escribiste en la lista. Di lo que sea, pero dilo con entusiasmo.

-Está bien -dijo Kevin dudando-. «Soy un ser humano».

-¡Con entusiasmo!

-¡Soy un ser humano!

-¡Eso está mejor! ¿Cómo te sientes internamente al decirlo?

-Bien. -Kevin parecía desconcertado, pero Todd asintió feliz.

-Ahora lo siguiente -dijo.

-¡Soy un hombre!

-¿Te sientes bien en tu interior al decirlo? Kevin asintió.

-Soy Kevin.

-¿Te sientes bien al decirlo?

-¡Muy bien!

-Continúa.

Al llegar a la sexta línea Kevin descubrió por qué Todd le preguntaba cada vez cómo se sentía.

-¡Soy rico!

-¿Cómo te sientes al decirlo?

-No estoy seguro -dijo Kevin. Su desconcierto se reflejaba tanto en su rostro como en la voz.

-Dilo otra vez.

-Soy rico.

-Otra vez, y otra, y otra más.

Kevin tuvo que repetir estas palabras diez veces antes de sentirse a gusto al decirlas.

-¡Esto es bien raro! -dijo.

-La mente muchas veces necesita cierto tiempo para aceptar las cosas  
-le explicó Todd-.

En la actualidad es evidente que tienes la sensación y la consciencia de ser pobre. Tienes que repetirlo hasta que seas capaz de decirlo sin que tu ser interior lo rechace.

¿Qué sigue ahora?

-Soy feliz en mi matrimonio.

-¡Con entusiasmo!

-¡Soy feliz en mi matrimonio!

-Eso está mejor. ¿Cómo lo has sentido?

-¡Bien! ¡Realmente bien! Todd sonrió.

-Vamos progresando ---dijo.

Pasaron veinte minutos más antes de que terminaran con toda la lista.

-Quiero que digas esta lista en voz alta al menos una vez cada día y que repitas cada frase cuantas veces sea necesario hasta que te suenen bien.

-Sí, Señor Kevin -saludó militarmente.

De nuevo le sobrevino a Todd otro ataque de tos. Kevin llamó a Elsbeth y entre los dos lo obligaron a acostarse y descansar.

Elsbeth cerró las cortinas.

-Para hoy ya es más que suficiente -le dijo a Todd-, ahora quiero que duermas un rato.

-Lo lamento -le dijo Kevin en la cocina-, no debí haberme quedado. Elsbeth le sonrió cálidamente.

-No, no. Te ha estado esperando todo el día. Tiene un gran interés en verte pronto completamente recuperado.

-Me salvó la vida.

-Ya lo sé. Lo mismo hizo conmigo.

-¿Quieres decir que...? -Kevin la miró sorprendido.

-Sí.

-¡Es increíble! -Kevin caminó hasta el salón y se sentó en el sofá.

-Y hay más gente. -Elsbeth lo siguió, quedándose de pie entre las estanterías de los libros con una sonrisa extraña en los labios-. Creo que incluso muchos, a juzgar por la cantidad de visitas que tiene.

-¡Kevin! -La débil voz de Todd lo trajo de nuevo junto a la cama.

-Siéntate. -Su voz era casi un susurro, pero seguía cargada de autoridad. Todd esperó hasta que Kevin se hubo sentado antes de continuar-. Te quiero decir algo más.

-¿La lección quinta?

Los ojos de Todd relampaguearon.

-Sí señor. La quinta lección.

Kevin le tomó la mano y la estrechó suavemente. -Estoy listo.

-Ésta es muy difícil. Muchos abandonan en ella. Son innumerables los que han abandonado en ella. Después de acercarse tanto a la consecución de sus metas, abandonan. Qué lástima.

Kevin asintió y examinó el rostro del anciano. Le parecía extraño ver aquellos ojos tan vivos en un rostro viejo; pálido y cansado.

-La número cinco es la perseverancia. Kevin movió la cabeza.

-No me sorprende.

-Si perseveras podrás lograr cualquier cosa, absolutamente cualquier cosa. Establece unas metas elevadas, y seguidamente ve en pos de ellas con determinación y persistencia. Si lo haces así, no habrá posibilidad alguna de que falles -una suave sonrisa cruzó el rostro de Todd-. Voy a modificar esto. Podrás fallar una vez, dos veces o cien veces, pero al final cosecharás las mieles del éxito.

La intensidad que Todd puso al decir estas palabras pareció haberlo agotado. Cerró los ojos y permaneció así durante varios segundos. Respiró profundamente, pero no soltó la muñeca de Kevin.

Justo cuando Kevin pensaba que el anciano se había quedado dormido, éste abrió los ojos. Eran tan chispeantes que parecían iluminar su rostro.

-¿Te acuerdas de Churchill?

-¿Quién?

-Winston Churchill. Kevin asintió y sonrió.

-Perdona, me perdí por unos segundos. Por supuesto que sé quien es. Incluso creo saber lo que vas a decir.

La sonrisa de Todd se amplió.

-Entonces dilo por mí.

Kevin se lamió los labios mientras pensaba.

-Winston Churchill fue un campeón de la perseverancia. En los días más difíciles de la Segunda Guerra Mundial siempre dijo a todo el mundo que Inglaterra jamás se rendiría. Enseñó a todo el país el valor de la perseverancia.

Todd asintió.

-A pesar de innumerables privaciones y miserias los ingleses decidieron no rendirse jamás. Y ganaron la guerra.

Todd soltó la muñeca de Kevin y la palmeó un par de veces.

-Ahora necesito dormir un poco. ¿Puedes venir a verme mañana, cuando termines de almorzar con Sandy?



# Persevera

## Capítulo 6

-¿Por qué la has traído? -cuchicheó Kevin. Sandy le pellizcó el brazo.

-Sólo quiere decirte algo y luego se va.

-¿No va a comer con nosotros?

-No.-Sandy sacudió la cabeza y sonrió, pellizcándole de nuevo el brazo-. Y no pongas esa cara de disgusto.

No obstante, Mónica pidió a la recepcionista una mesa para tres. Los llevaron a la única mesa que quedaba libre en todo el restaurante. Kevin se sentó frente a ella, con Sandy a su lado. Mónica tomó casualmente su mano entre las suyas, mientras se sentaba.

-No sabía que ibas a comer con nosotros -dijo Kevin.

La permanente expresión de disgusto de Mónica se convirtió en una suave sonrisa.

-No, no me voy a quedar. Tengo que comprar algunas cosas jugó con el menú durante unos momentos-. Está bien, tomaré un café mientras vosotros coméis. Duncan y yo hemos estado hablando de vuestra situación.

Kevin podía fácilmente imaginárselos a los dos discutiendo interminablemente su «situación» .

-No debéis preocuparos por mí dijo-, ya tengo concertadas entrevistas para varios trabajos. Todo está bajo control.

La enguantada mano de Mónica le palmeó suavemente la muñeca.

-Me alegra mucho oírlo. Duncan y yo te debemos una disculpa.

Los ojos de Kevin se abrieron desmesuradamente, pero tuvo que esperar unos instantes para saber más, pues en ese preciso momento llegó la camarera para tomarles la orden.

Mónica lo miró por encima de la taza de café.

-Sí, como te decía, Duncan y yo sentimos que la otra noche estuvimos un poco bruscos contigo.

-Olvidadlo.

-No, Kevin. Queremos pedirte disculpas. Hemos dado vueltas y más vueltas discutiendo vuestra situación y finalmente hemos llegado a un acuerdo.

-Eso está bien. -Kevin miró a Sandy que permanecía con la cabeza agachada, examinando atentamente el borde de su servilleta-. ¿Y qué habéis acordado?

-Pensamos que se trata de tu vida, Kevin, y que tienes el derecho de hacer lo que quieras con ella. Por supuesto, al estar casado tienes algunas responsabilidades, no puedes hacer cualquier cosa que se te antoje cada vez que se te antoje. Pero si tu deseo es volver a emprender un negocio después de este terrible desastre... -Mónica se encogió de hombros y tomó otro sorbo de café-, bueno, pues es asunto tuyo.

-Gracias, Mónica. Sin duda esto desempaña el ambiente.

-Y no vamos a interferir. Por supuesto, nuestra preocupación es Sandy.

-Desde luego.

Mónica se levantó y rodeó la mesa para despedirse de Sandy con un beso.

-Yo pago la cuenta, que os divirtáis.

Ambos observaron cómo salía del restaurante.

-¿Sabías que iba a hacer esto? -le preguntó Kevin.

Sandy asintió.

-Lo suponía. Han estado hablando de ello todo el tiempo. No estoy segura de que sea lo que ellos realmente desean, pero antes que nada quieren que seamos felices.

Kevin sonrió.

-Una disculpa. Es sorprendente. Especialmente viniendo de tu madre.

-Bueno, come. Ella es quien paga.

Al terminar Kevin acompañó a Sandy a su trabajo. La besó frente a la entrada del edificio. Ella rio.

-Como antes de que estuviéramos casados. La expresión de ella cambió.

-Kevin, estoy contenta de que ya estés buscando trabajo pero, por favor, deja de ver a ese anciano de ideas extrañas. Te lo ruego.

Ella lo besó de nuevo y antes de que él pudiera responder estaba entrando por la puerta giratoria.

Kevin se alegró enormemente de ver a Todd vestido y disfrutando del sol en la terraza. `

-¿Cómo te fue? -le preguntó Todd.

-Te contestaré cuando me digas cómo estás tú -le dijo Kevin.

-Muy bien para mi edad -sonrió-, ien un día o dos más estaré de nuevo ahí abajo, abrazando árboles!

-Eso es maravilloso -Kevin sonrió cálidamente a su amigo y le contó su comida con

Sandy y también las últimas palabras de ella.

-Tiene mucha razón -le dijo a Kevin cuando éste hubo terminado-. Tienes que tener cuidado.

-¿Cuidado con qué? - preguntó Kevin lamiéndose los labios.

-Con todo lo que yo te diga. No lo aceptes sin más. Así nunca te funcionará. Tienes que salir al mundo y poner a prueba mis consejos. De ese modo es como descubrirás si son buenos o malos.

-iPero yo sé que son buenos! Todd sacudió la cabeza.

-Agradezco tu confianza, Kevin. Pero realmente tienes que hacerlo. Kevin asintió.

-Está bien, lo intentaré.

-iNo, no, no! -los ojos de Kevin lo miraron con dureza-. No intentes nada. Cada vez que digas «lo intentaré» fracasarás. La palabra «intentarlo» genera expectativas de fracaso.

-Recuerdo que me dijiste que esa palabra no forma parte de tu vocabulario.

-Ahora ya sabes por qué -sonrió Todd-. No aceptes ciegamente nada de lo que yo te diga. Ponlo todo a prueba.

-¿Es ésta otra piedra para cruzar el río?

-No, todavía no estás preparado para la siguiente. Ya te la diré cuando llegue su momento.

# Capítulo 7

A las diez y media en punto, Kevin era conducido hacia la oficina del Sr. Grayland, situada en una esquina de la undécima planta, en un alto edificio del centro de la ciudad. Mientras caminaba, calculó a cuánto podría ascender aproximadamente el alquiler anual de dicha oficina.

El Sr. Grayland le estrechó la mano con calidez y le pidió que se sentara en un pequeño sofá situado al final de la habitación principal.

-Su currículum es impresionante -le dijo mientras golpeaba con los dedos los papeles que traía en la mano.

-Gracias -dijo Kevin-, pero debo decirle antes de nada que no estoy seguro de que realmente quiera este trabajo.

El Sr. Grayland rió.

-Nunca he oído nada igual, al menos no en el momento de entrevistar a un nuevo empleado.

-Bueno, Sr. Grayland, necesito un trabajo. Y lo necesito con urgencia. Mi negocio se ha hundido y debo bastante dinero, por ello tengo que trabajar. Pero también quiero ser honesto con usted. Mi intención es volver a ser otra vez mi propio jefe tan pronto como pueda. Ahora simplemente estoy buscando una forma de salir de nuevo a flote. Soy consciente de que tal vez lo que usted necesita es alguien que desee permanecer en su compañía durante muchos años.

El Sr. Grayland se levantó y caminó hacia la ventana. Se frotó el mentón pensativamente. Un instante después sacudió la cabeza y comenzó a reírse. Todavía riendo se volvió hacia Kevin y le dijo:

-Venga, quiero mostrarle algo.

Kevin caminó hasta la pared de cristal y miró hacia abajo, a la calle y también a los otros edificios elevados. Era una céntrica zona de oficinas, en una ciudad de tamaño considerable.

El Sr. Grayland señaló todo aquello con un gesto de su mano.

-Dígame, ¿qué ve usted?

Kevin miró de nuevo. Hasta él llegó el sonido del claxon de uno de los coches que circulaban por la calle.

Vio cómo el tráfico se detenía ante un semáforo rojo y cómo los peatones cruzaban la concurrida avenida. También era consciente de que el Sr. Grayland lo estaba observando con atención.

-Veo muchas cosas, Sr. Grayland -dijo Kevin-, pero sobre todas ellas veo una: oportunidades. Cada persona de las que caminan por la calle, de las que viajan en los coches y de las que están en todas las oficinas que nos rodean necesita algo. Es un mundo de oportunidades.

El Sr. Grayland lo miró radiante.

-¿Sabe una cosa, joven? Me parece que podemos sernos muy útiles el uno al otro.

Dos horas después estaba Kevin sentado a la mesa, frente a Todd, contándole cómo le había ido en la mañana. La bata que Todd llevaba sobre su pijama parecía varias tallas mayor de lo necesario, pero su rostro estaba alerta y mostrando más interés que nunca.

-Parece que congeniamos desde el principio -le contó Kevin-, le dije lo que tú me habías comentado antes sobre las oportunidades que están en todas partes y terminó dándome una oportunidad. Voy a iniciar una nueva división de la compañía que suministrará periféricos para ordenadores. Encaja con mis conocimientos de informática y también con su negocio de artículos para oficina.

Todd estaba radiante y extendió sus manos con alegría.

-¡Es maravilloso! ¿Ves lo que ocurre cuando abrazas a la vida y estás atento a las oportunidades? ¿Cuándo empiezas?

-En cuanto yo quiera. He decidido comenzar el lunes. Ello me permitirá atar algunos cabos antes. Lo bueno es que va a ser casi como si tuviera mi propio negocio. Vamos a ser socios, aunque recibiré un salario hasta que las ventas despeguen.

Todd tomó una cucharada de sopa de champiñones. Kevin observó cómo su mano temblaba mientras él se esforzaba por llevar la cuchara hasta su boca. Al menos estaba comiendo. Hasta ahora sólo había jugado con la sopa.

Te estoy muy agradecido por todo, Todd. Éste sacudió la cabeza.

-No hay necesidad. Estoy tan contento como tú. Yo simplemente planté algunas semillas y ahora están ya empezando a dar fruto. ¡Qué gran alegría!

Kevin se sirvió un poco de jamón y ensalada.

-Me gustaría poder pagarte de algún modo.

-Puedes -sonrió Todd-, y estoy seguro de que lo harás. Todo lo que tienes que hacer es ayudar a otros, como yo te ayudé a ti. Ya has comenzado. ¿Recuerdas el vagabundo del parque? No te imaginas lo feliz que me sentí cuando me dijiste lo que habías hecho.

-Pues él no lo apreció.

-¿Y qué? Tú hiciste una obra buena. Te creaste buen karma. ¿Quién sabe? Tal vez por eso has recibido esa maravillosa oferta esta mañana.

Kevin dejó su tenedor sobre la mesa.

-¿Quieres decir que me han hecho esa oferta porque ayudé al vagabundo del parque? Todd balanceó la mano de un lado a otro.

-Tal vez sí, tal vez no. Pero el hecho de que hicieras el bien significa que ese bien, algún día y de algún modo, volverá a ti. Es una ley universal. No tienes que creer en ella para que funcione. Es casi un asunto de egoísmo. Yo ayudo a los demás porque sé que ello me beneficia a mí en muy distintos modos.

-¿En qué te ha beneficiado a ti el hecho de haberme ayudado? Todd rio.

-He disfrutado mucho con tu compañía y tu amistad. Has estimulado mi mente. Y esta nueva oportunidad que te ha surgido me hace tan feliz como a ti. Ya he sido ampliamente recompensado.

-Sí, pero, ¿y de otros modos?

Todd suspiró y dejó la cuchara dentro del tazón de sopa.

-Estoy seguro de que lo seré, aunque en su momento tal vez esa recompensa no sea reconocible. ¿Nunca te ha ocurrido algo muy agradable cuando menos te lo esperas? Bueno, pues a mí eso me ocurre



todo el tiempo. Y no tengo la más mínima duda de que ello es debido a las ayudas que en el pasado he prestado a otras personas.

A esto siguió un largo silencio durante el cual Kevin estuvo pensando en las palabras de Todd. Entonces llegó Elsbeth, volvió a llenar los vasos de zumo y se llevó algunos platos. Kevin vio cómo su mano reposaba sobre el hombro de Todd.

Éste comió algo de ensalada y bebió un poco de zumo.

-Ahora ha llegado el momento de decirte la regla número seis.

Todd sonrió traviesamente a Kevin. Su rostro parecía otra vez joven y alegre.

-De hecho, ésta ya la sabes e incluso la estás practicando.

-¡Gracias a Dios! -rio Kevin-, no puedo creer que la haya estado practicando sin conocerla siquiera.

-Yo no diría eso -corrigió Todd-, es algo que tú sabes, aunque lo habías olvidado. Creo que hoy lo has hallado de nuevo.

Con notable esfuerzo, Todd se levantó de la mesa, quedándose en pie, sobre sus inseguras piernas. Kevin acudió a ayudarle. Juntos caminaron hasta la terraza, dominando el puerto. Todd se sentó en una hamaca y Kevin trajo una silla de la mesa en la que habían comido, para sentarse en ella. Antes de hacerlo, Kevin respiró profundamente varias veces el aire marino.

-No me tengas más sobre ascuas -dijo-. ¿Cuál es la regla número seis?

-¿Crees en Dios? -le preguntó Todd fijando sus ojos en el rostro de Kevin. Kevin tragó saliva.

-No... no estoy muy seguro, Todd. Creo en algo, podemos llamarlo una fuerza de vida universal, o un espíritu que está en el interior de todos y cada uno de nosotros.

Todd asintió.

-Por ahí va el asunto, me parece. Mira, yo creo en una-mente universal y en la chispa que vive en el interior de todo ser viviente. ¿Sabes? Todos estamos conectados. Todos los seres vivos de este planeta. Por eso es que tenemos que cuidar de todo en este hermoso mundo. Pues, en cierto modo, todo forma parte de nosotros.

Todd miró la blanca espuma que coronaba las olas en la bahía.

-Lo que todos necesitamos es fe, Kevin. Y no me refiero a creer en un dios que está sentado allá arriba sobre una nube. Lo que quiero decir es que debes creer en ti mismo. Debes tener fe, confianza, si quieres llamarlo así, en que vas a lograr las metas que persigues. Si crees en ti mismo lograrás cualquier cosa que te propongas.

Kevin suspiró pesadamente.

-¿Realmente piensas que creo en mí mismo?

-Por supuesto que sí. Ayer no, pero esta mañana te has vendido muy bien al Sr.

Grayland. Si no hubieras creído en ti mismo no podrías haberlo hecho. ¿Recuerdas cuando comenzaste tu negocio? En aquel momento debiste estar lleno de confianza y de fe.

-Sí, pero mira para qué me sirvió. Todd rió.

-Sí. Durante un tiempo perdiste la confianza. Pero no importa. Ya la has recuperado.

-¿Entonces sólo me queda ya una lección que aprender? Todd asintió.

-Y además ya la conoces, Kevin.

-¿Me la vas a decir ahora?

-No, no en este momento. -Todd sacudió la cabeza con gravedad-. Quiero que practiques las otras un poco más. No quiero que simplemente pienses en ellas y que las aceptes intelectualmente. Quiero que las practiques en la vida de cada día. Así las podrás comprobar a plena satisfacción tuya. Quizás incluso a satisfacción de Sandy.

-Todd extendió el brazo y tocó la rodilla de Kevin-. Estoy sintiendo un poco de frío.

¿Quieres por favor pedirle a Elsbeth que traiga una manta?

# Ten fe en ti misma

## Capítulo 8

Lo despertó el insistente sonido del timbre de la puerta. Tomando el despertador con la mano, vio que eran las nueve y diez de la mañana. Saltó de la cama, se puso apresuradamente su bata y fue a abrir. En el umbral se hallaban dos policías, cuyos rostros permanecieron totalmente inexpresivos mientras lo miraban de arriba abajo. Tras presentarse le preguntaron si podían hablar con él un momento.

-Sí, pasen -dijo Kevin haciéndose a un lado y llevándolos seguidamente al salón.

-Seguramente vienen ustedes por la denuncia que presenté. Lo siento. Debí haberla retirado.

El más mayor, un hombre moreno que debía tener aproximadamente la misma edad que Kevin, abrió un bloc de notas.

-Usted ha presentado una denuncia contra el Sr. Michael Bestens.

-Sí. Era mi socio en un negocio. Pero ahora quiero retirar esa denuncia.

-Usted manifestó que el día 15 de Abril él le agredió con un bate de béisbol en presencia de varios testigos.

-Fue simplemente una discusión que se nos fue de las manos. Realmente no me lastimó.

-Sin embargo, estuvo usted una noche entera en el hospital y en el informe médico consta que tenía dos costillas rotas.

-Sí. Pero ya estoy mucho mejor.

-Los testigos han confirmado su versión de los hechos, Sr. Huddersfield. Todo parece indicar que fue un ataque grave y sin provocación.

-Bueno, nuestro negocio acababa de hundirse y yo le culpé de ello. Pensé que había robado dinero del negocio.

-En ese caso es curioso que fuera él el atacante -observó el policía.

-Me temo que debí provocarlo. Le acusé de un montón de cosas en presencia de amigos comunes.

-Esos amigos comunes han confirmado su versión del incidente.

-Sí -se apretó el cordón de su bata, el suelo sin alfombrar se sentía frío bajo sus pies-.

Miren, ¿no es posible simplemente retirar la denuncia? Yo ya le he perdonado. De hecho, ya había olvidado totalmente aquella tarde hasta el momento en que los he visto a ustedes frente a mi puerta.

El policía más joven chasqueó la lengua y miró hacia el techo. Su compañero cerró el cuaderno de notas.

-¿Y el supuesto robo de dinero del negocio? ¿Ha puesto usted alguna denuncia al respecto?

Kevin negó con la cabeza.

-No. Iba a hacerlo. De hecho, pedía mi contable que comprobara el importe exacto de la falta. Pero he decidido dejarlo estar así. Ya he perdonado a mi socio y he olvidado el asunto.

El policía tamborileó con sus dedos sobre el cuaderno de notas.

-No es tan sencillo, Sr. Huddersfield. Usted puso una denuncia y nosotros hemos invertido una considerable cantidad de tiempo y de esfuerzo en comprobar los hechos. Ahora, ya en la fase foral, ¿nos está usted pidiendo que nos olvidemos de todo?

Kevin se aclaró la garganta.

-Sí. Sí, por favor. Si ello es posible.

Los dos policías se levantaron al unísono. El de más edad sacudió la cabeza.

-Nuestro trabajo sería mucho más sencillo si todo el mundo perdonase con tanta facilidad como usted.

-Trato de vivir el día de hoy -respondió Kevin-, el ayer no existe ya. Ambos policías se miraron y salieron con rapidez.

Kevin se vistió deprisa y se preparó un café cargado. Tras unos sorbos del caliente líquido tomó el teléfono y llamó a su ex-socio.

-¡Hola Michael! -dijo. Podía imaginar la expresión de sorpresa en la cara de su ex-socio.

El silencio duró varios segundos hasta que Kevin lo rompió-. Soy Kevin. Te llamo para saber cómo estás.

Bien, muy bien -respondió Michael con una voz que delataba su desorientación-. ¿Y tú, cómo estás?

-Muy bien -dijo Kevin-, cada mañana la vida empieza de nuevo. Te llamo para saludarte y para decirte que he retirado la denuncia que puse en contra tuya. Y también te he perdonado todo.

-¿Qué?

-Que lo pases muy bien, Michael. Adiós.

Kevin sonrió a su propia imagen mientras se afeitaba frente al espejo. La filosofía de Todd realmente funciona, pensó. Se sintió mejor de lo que se había sentido en años.

De pronto quiso contarle a Todd lo ocurrido, pero el teléfono de éste permanecía ocupado todo el tiempo. Tras varios intentos decidió caminar hasta su casa para ver cómo estaba.

Era un día nuboso y oscuro, pero el ánimo de Kevin se hallaba por las nubes. Sonrió a una madre y a su niño que jugaban en la acera y abrazó un par de árboles en el parque. Incluso rio, feliz de sentirse vivo.

Al llamar al timbre de la casa de Todd no hubo respuesta. Permaneció unos momentos indeciso frente al edificio y luego caminó hacia las tiendas situadas frente al mar.

Se sentó en la terraza de un café y pidió un capuchino. Desde el lugar en que se hallaba veía la entrada del edificio de Todd. Mientras mantenía la caliente taza entre sus manos sintió un aguijonazo de preocupación. Treinta minutos después pidió otro café y lo hizo durar una hora. Nadie entró ni salió del edificio.

Kevin sintió que la tensión se acumulaba en su espalda. Estuvo un rato paseando arriba y abajo frente a la casa, lamentando no conocer la dirección de Elsbeth.

De pronto le vino la idea de llamar a los vecinos. Uno de ellos respondió con una voz cascada que a Kevin le pareció fantasmal. Aparentemente se trataba de una señora muy anciana.

No sabía nada, pero se ofreció para llamar en la puerta de Todd y ver si alguien respondía.

Tardó una eternidad en volver. Según dijo, su marido había visto durante la noche una ambulancia detenida frente al edificio, pero desconocía si tenía algo que ver con el Sr. Melvin. Al llamar ella en la puerta de Todd no había obtenido tampoco respuesta alguna.

Kevin le dio las gracias y se separó del intercomunicador. Sintió como si una densa niebla se hubiera abatido de pronto sobre él obligándolo a buscar apoyo en una pared de ladrillo. Tendría que llamar a todos los hospitales de la ciudad para tratar de averiguar dónde estaba Todd.

-No llores -oyó que le decía una voz conocida. Miró a su alrededor y sonrió aliviado al ver a Elsbeth. Ella apoyó la mano en su hombro.

-Volverá a casa esta tarde. ¿Quieres ayudarme a subir todo esto?

Le dijo que Todd había tenido un ataque. Como ya no se sentía muy bien decidió quedarse a pasar la noche en el apartamento, lo cual había sido una suerte porque así pudo llamar a una ambulancia.

-Está listo para seguir su camino -le dijo a Kevin mirándolo a los ojos-, sólo lo retenéis tú y otra persona mas.

-Yo no quiero retenerlo -dijo Kevin. Elsbeth sonrió.

-Por supuesto que no. Pero él no puede continuar hasta saber que tú ya estás bien. Kevin se frotó los ojos.

-Yo voy a estar bien -dijo-, sólo que nunca antes había conocido a nadie como Todd y no quisiera perderlo tan pronto, justo después de haberlo conocido.



-Ninguno de nosotros quiere perderlo -dijo Elsbeth-, pero es mayor y está cansado.

-Ya lo sé. Estoy-pensando sólo en mí. Elsbeth sacudió la cabeza.

-Sé cómo te sientes, Kevin, créeme que lo sé.

-¿Quién es la otra persona?

Es una mujer que acaba de perder a su esposo. Todd la ha estado ayudando durante las últimas semanas.

-¿Al mismo tiempo que a mí?

Elsbeth asintió. Kevin se dio cuenta de que tenía lágrimas en los ojos.

-¿Y cómo está él? Dijiste que esta tarde volvería a casa.

-Necesita mucho descanso. -Elsbeth comenzó a sacar las cosas que había comprado.

Kevin se sintió totalmente desesperanzado. -¿Hay algo que yo pueda hacer?

-¿Cómo se te da la aspiradora?

Cuando llegó la ambulancia el apartamento estaba impecable. Elsbeth había comprado flores y su delicado aroma perfumaba el salón.

Kevin y Elsbeth corrieron abajo para ver si podían ayudar en algo. Todd se alegró de verlos. Su rostro estaba pálido y demacrado, pero su sonrisa era cálida.

-Muchas gracias a los dos -dijo.

Los enfermeros lo subieron en una camilla y lo depositaron en la cama. Elsbeth tenía ya hecha una sopa caliente, la cual le dio ella misma, a cucharadas. Kevin se sentó en un extremo de la cama sintiéndose más triste de lo que en toda su vida había estado.

-¿No lo estás haciendo? -le preguntó Todd.

-¿Haciendo qué? -Kevin estaba desorientado.

-La regla número uno.

-Vive el día de hoy -repitió Kevin como un autómata. Sus ojos se encontraron con los de

Todd y sonrió.

-Tienes razón elijo-, pero no es fácil.

-Nadie ha dicho que la vida sea fácil -le recordó Todd-, pero tú eres fuerte. Eres capaz de vencer y vas a vencer.

-Gracias dijo Kevin.

-Cuéntame cómo te ha ido hoy.

El entusiasmo de Kevin se estimuló de nuevo mientras le contaba a Todd lo ocurrido en la mañana. Todd sonrió y asintió.

-Vas muy bien -dijo mirando a Kevin largamente, con una suave sonrisa en sus labios.

-Mejorate, por favor -le dijo Kevin---, todos te necesitamos.

-Gracias. Pero ha llegado el momento en que debo continuar. Ahora ya conoces mi filosofía. No temo al futuro. Y tampoco tú deberías temerlo. Ya no.

Kevin se puso en pie.

-Es mejor que me vaya ahora, pero volveré por la mañana. -Caminó pausadamente hasta la puerta de la habitación volviéndose desde allí a mirar al hombre extremadamente frágil y liviano que reposaba sobre la amplia cama.

-Kevin.

-Sí.

-Hay todavía una lección.

-Ya sé.

-Ya la has estado practicando esta mañana. Estoy muy orgulloso de ti. Kevin sonrió, tratando de averiguar qué podría ser.

-Me lo vas a tener que decir -dijo.

-Debes ayudar a los demás y debes perdonar a los demás. Kevin asintió lentamente.

-Ya veo.

-Pero hay más -Todd intentó incorporarse hasta que casi llegó a estar sentado. Se esforzó por respirar. Kevin se precipitó en su ayuda, pero Todd le indicó con la mano que no era necesario-. Antes que nada, Kevin, debes perdonarte a ti mismo.

-¿Perdonarme a mí mismo? -frunció el entrecejo tratando de comprender.

-Todos cometemos muchas tonterías y estupideces -siguió Todd mientras respiraba con dificultad-, en ocasiones todos somos mezquinos, desagradables, desconsiderados, intolerantes y muchas cosas más. Tienes que perdonarte a ti mismo todo lo que hiciste en el pasado. Sólo después de hacerlo podrás realmente ayudar a otros.

Kevin se pasó la lengua por los labios.

-Así, aunque haya perdonado a mi socio, ¿en realidad no lo perdonaré hasta que no me haya perdonado a mí mismo?

-Sí y no. -Kevin podía ver el tremendo esfuerzo que el anciano estaba haciendo, pero sabía que no lo dejaría marchar hasta no haber terminado de decirle lo que le pensaba decir.

-Cuando le perdonaste, ¿sentiste como si te quitaran de los hombros un gran peso? Kevin rió.

-¡Sí, sí lo sentí! Todd asintió.

-Trata de perdonarte a ti mismo. Entonces te sentirás como si hubieras nacido de nuevo.

Al perdonarte a ti mismo es cuando en realidad pones en práctica totalmente la lección primera, ¿no crees?

-¿Te refieres a que el ayer ya no existe?

-Así es. Piensa en ello, Kevin. -Todd bostezó y sonrió soñolientamente a Kevin-. Lo siento, el viaje hasta la casa me ha debido agotar. ¿Vendrás a verme mañana?

En ese momento apareció Elsbeth y acompañó a Kevin fuera. Ya en la puerta, Kevin le anotó su número de teléfono.

-Llárame, Elsbeth. Por favor, llámame si algo ocurre o si puedo ser de alguna ayuda.

Voy directamente a casa. Llárame a cualquier hora.

A Kevin le resultó muy difícil permanecer tranquilo en su casa. No cesaba de preguntarse cómo estaría Todd. La tercera vez que telefoneó a Elsbeth ésta le amenazó con dejar el auricular descolgado si no cesaba de llamar.

-Si ocurre algo te llamaré, te lo prometo -le dijo.

Por la tarde Kevin fue a un centro comercial y compró papel de pergamino, tinta y una pluma de caligrafía. Sentado a la mesa de la cocina estuvo un rato practicando sobre trozos de papel, tratando de lograr una letra lo más parecida posible a la de las palabras del libro que él había visto en la habitación de Todd. Una media hora después había ya adquirido una cierta confianza y comenzó a escribir sobre una hoja de pergamino. En el encabezamiento puso: «Los siete Secretos del Éxito».

Consideró críticamente su trabajo. No era perfecto, pero se aproximaba bastante al estilo que él recordaba.

Con sumo cuidado escribió: «El ayer no existe ya». Recordó cada emoción, cada sentimiento y cada matiz que sintió en el momento de abrir el libro y leer aquellas palabras por primera vez. Sonrió. Estas palabras fueron las que comenzaron a cambiar su vida. Las leyó en voz alta. Sí, se sentía bien al decirlas. Sin importar lo que otra gente pudiera pensar o decir, para él aquellas palabras eran una verdad absoluta.

Tardó varios minutos en decidir cuáles eran las palabras exactas de la segunda piedra para cruzar el río. Probablemente lo que Todd había querido decirle era «Abraza a la vida», pero Kevin escribió «Abraza a los árboles y abraza a la vida». Se sintió satisfecho con lo que acababa de escribir. Leyó estas palabras en voz alta para ver si le sonaban verdaderas. Se puso en pie y caminó por la cocina repitiendo una y otra vez lo que había escrito. Al ver su reflejo en el espejo rio y volvió al trabajo.

«Márcate metas» era más fácil de escribir que de poner en práctica, pero Kevin se sentía satisfecho pues, con la ayuda de Todd, había establecido para sí mismo ciertas metas específicas.

Al escribir «Las oportunidades están en todas partes» sintió como si estuviera otra vez junto a Todd en la avenida, mirando a los coches que pasaban y a los establecimientos comerciales. Se preguntó si volverían a caminar juntos otra vez por aquella misma acera. Antes de que la tristeza lo dominara le vino a la mente la escena con el Sr. Grayland, en la que él había utilizado casi exactamente las mismas palabras.

«Persevera» era la quinta piedra para vadear el río sin caer al agua. Tuvo que repetirla en voz alta veinte veces antes de comenzar a sentirla bien.

- Tengo que perseverar, perseverar, perseverar -se dijo a sí mismo. La constancia es la clave del éxito.

Antes de seguir hizo una pausa para prepararse una taza de té. Necesitaba tiempo para pensar en la sexta piedra. ¿Sería suficiente la palabra « fe», o debería mejor escribir « ten fe en ti mismo?»

Mientras tomaba el té leyó y releyó las líneas que ya tenía escritas. Al terminar tomó la pluma y escribió «Fe».

-Fe -dijo en voz alta-. Fe -repitió varias veces. Sacudió la cabeza y le añadió cuatro palabras más.

-Ten fe en ti mismo -leyó en voz alta. Esto le sonaba mucho mejor.

Ya sólo le quedaba la séptima. Kevin consideró críticamente lo que llevaba escrito hasta ese momento. Tenía todavía espacio suficiente para escribir la última en dos líneas, manteniendo la proporción deseada.

Le costó trabajo escribir las palabras de la última regla o piedra, como Todd gustaba de llamarlas. Se sentía agradecido, pero también triste, al pensar que Todd ya le había comunicado toda la lista. Había estado ansioso por conocerlas todas, pero ahora hubiera deseado que todavía le quedaran varias más por aprender.

Hasta ese momento su caligrafía era bastante buena. Se sorprendió de ver la facilidad con la que había recuperado esta habilidad. Al llegar a la última regla tuvo un cuidado especial pues no quería arruinar todo el trabajo con un borrón.

Muy despacio, escribió: «Ayuda a los demás, perdónalos y perdónate a ti mismo».

Cuando terminó ya casi había oscurecido. Calentó unos espagueti y comió viendo la televisión. En varias ocasiones quiso llamar a Elsbeth, pero se contuvo.

Se acostó temprano y ya en la cama, tendido en la oscuridad, repitió silenciosamente una y otra vez las reglas de Todd, como si fueran un mantra.

Antes de entregarse totalmente al sueño trató de perdonarse a sí mismo del modo en que Todd le había dicho. Era difícil y estaba ya a punto de abandonar cuando de pronto sintió una liberación casi espiritual. Se sintió muy ligero y totalmente en paz con el mundo. Eso era lo que Todd había querido transmitirle, se dijo a sí mismo mientras se daba la vuelta y se quedaba dormido.

Le despertó el sonido del teléfono en su segunda llamada. Tomó el auricular con una súbita sensación de terror.

-¿Eres tú, Elsbeth? -preguntó.

-Ven rápidamente -dijo Elsbeth-, su momento ha llegado ya.

-Voy para allá.

Llamó a un taxi y apenas le dio tiempo de afeitarse y vestirse mientras el coche llegaba. Llegaron a casa de Todd al mismo tiempo que una ambulancia.

Kevin siguió a los camilleros escaleras arriba. Elsbeth estaba en pie junto a la puerta, con lágrimas cayéndole por el rostro. Kevin se detuvo dos escalones antes de llegar. De nada servía ir más allá.



# *Ayuda a los demás, perdónalos y perdónate a ti misma*

## *Capítulo 9*

El Sr. Grayland sonrió al ver la expresión de Kevin.

-Esto es sólo para empezar -dijo-, supongo que pronto necesitarás el doble de espacio, por lo menos. Cuando necesites más te lo daremos, pero en un principio esto debe ser suficiente.

-Es perfecto -Kevin miró el almacén vacío-. Espero que pronto esté bien lleno.

-Las estanterías llegarán esta tarde -le dijo el Sr. Grayland-, mientras tanto puedes ir viendo estos catálogos y señalar lo que necesites. Te he asignado a un joven ayudante. Se llama Josh. Es muy trabajador y estoy seguro de que estarás satisfecho con él. Creo que a él también le beneficiará tu compañía.

Cuando una hora más tarde le presentaban a Josh, Kevin se acordó de las palabras del Sr. Grayland. Era un adolescente alto, de buena presencia, con una melena pelirroja que le llegaba hasta los hombros. Al ser presentados le sonrió sin establecer mucho contacto visual con Kevin.

Estuvieron revisando juntos los catálogos. Kevin se quedó impresionado con los conocimientos del joven.

Después del almuerzo, Kevin le pidió que hiciese un plano del local, indicando dónde se ubicarían las estanterías.

-Está muy bien -le dijo Kevin cuando hubo terminado-. Cuando lleguen los instaladores, haz que pongan las estanterías de acuerdo con este plano.

Josh bajó la cabeza.

-No sé si podré -musitó.

-Por supuesto que puedes -dijo Kevin-, yo tengo que salir, así que tú te quedas a cargo de esto.

Josh se pasó la lengua por los labios.

-No creo que sea capaz de hacerlo bien.

-Siéntate un momento -le dijo Kevin.

Brevemente le contó sobre el fracaso de su negocio, sobre su encuentro con Todd y el cambio experimentado en su vida.

-Todd me enseñó a tener fe -le dijo-, debes tener fe en ti mismo. Si crees que no vas a poder hacer algo, nunca podrás. Con el plano has hecho un trabajo perfecto. Ahora sólo debes asegurarte de que las estanterías son colocadas en el lugar adecuado. Sé que puedes hacerlo. Y el Sr. Grayland también lo sabe. ¿Qué más necesitas?

-Lo voy a hacer -dijo Josh sin mucha convicción.

Cuando unas horas más tarde Kevin y el Sr. Grayland volvieron de ver a su principal proveedor, todas las estanterías estaban ya instaladas. Josh los recibió con una amplia sonrisa.

-Calcularon bien el tiempo. Los hombres acaban de marcharse. Seguidamente llevó a Kevin a inspeccionar la instalación.

-Podríamos colocar aquí todo lo que tenga que ver con impresoras -dijo-, los cartuchos láser pueden ir allí y en la siguiente estantería podemos poner los módems.

Kevin sonrió ante el entusiasmo de Josh.

-Así lo haremos -elijo-, anótalo todo en tu plano a fin de que el Sr. Grayland y yo sepamos dónde debe ir cada cosa. La primera mercancía llegará mañana y yo no voy a estar aquí. -En ese momento la voz de Kevin se quebró por unos instantes al recordar que al día siguiente tendría lugar el funeral de Todd-.

Volveré más tarde, mientras tanto tú quedarás a cargo de todo.

-¿A cargo de todo? La última vez que el Sr. Grayland me dejó a cargo del almacén todo salió mal.

-El ayer ya no existe. -Las palabras le salieron de un modo inconsciente. Sorprendido, parpadeó al darse cuenta de lo que acababa de decir. ¡Las palabras de Todd eran ya parte de su vida! Josh le miraba sin comprender.

-Lo que quiero decir, Josh, es que eso que salió mal pertenece al pasado. Tienes que abandonar ya el pasado y vivir en el presente. Todos cometemos errores. Todos lamentamos cosas que hemos hecho. Pero tenemos que dejar atrás toda esa carga que ya no necesitamos para nada. Cuando lo hagas, te sentirás mucho mejor.

Josh asintió lentamente.

-¿Me dices esto para que mañana me quede a cargo de todo?

-Sí, Josh, pero lo hago porque sé que puedes hacerlo. Tengo plena confianza en ti. Josh sacudió la cabeza.

-Espero ser capaz de hacerlo bien -dijo dubitativo.

-¡Abandona ya el pasado, Josh!

Al acostarse aquella noche, Kevin seguía asombrado de la facilidad con que las palabras de Todd habían salido de sus labios. Tal vez ya estaba viviendo su vida según las normas que Todd le había enseñado. Si era capaz de enseñarle a Josh a tener más autoestima y más confianza en sí mismo, estaría ayudando a otro del mismo modo que Todd le había ayudado a él.

Se quedó dormido con una sonrisa en su rostro.

# Capítulo 10

Kevin se sorprendió al ver la gran cantidad de gente que había asistido al funeral de Todd. Era un día triste y frío, con lluvias intermitentes. Pese a ello, la catedral desbordaba de personas que deseaban dar el último adiós a su amigo. Muchos tuvieron que seguir el servicio fúnebre desde la calle, en pie y soportando el frío y la lluvia.

Kevin estaba sentado en la parte central de la iglesia. Sandy permanecía a su lado, tomados de la mano. Kevin no prestó demasiada atención al servicio religioso. Al igual que muchos de los presentes, dedicó aquellos momentos a pensar en la milagrosa transformación que Todd había generado en su vida.

Varias personas se levantaron y rindieron con sus palabras un último tributo a su querido amigo. Se sorprendió de ver que sus relatos eran muy parecidos a lo vivido por él. Evidentemente, casi todos los que estaban en ese momento en la iglesia habían recibido ayuda de Todd en algún momento de sus vidas.

Incluso el sacerdote parecía ser uno de ellos. En sus palabras a los presentes relató sus experiencias con Todd y detalló cómo éste había transformado su vida.

-Todos cuantos tuvieron la suerte de conocerle -terminó- se convirtieron en personas mejores, gracias a él.

La lluvia hizo una pausa al terminar el servicio religioso y la mayoría de los asistentes se reunieron en pequeños grupos en los hermosos alrededores de la catedral.

Ya fuera, Kevin se encontró con algunos de sus antiguos compañeros de trabajo. Todos estaban ansiosos de relatar su relación con Todd. Se sorprendió mucho al ver que personas que él había considerado totalmente felices y equilibradas hubieran encontrado a Todd en el momento en que más lo necesitaban.

A Sandy le había impresionado el funeral y especialmente las palabras de los que se habían levantado para hablar. Ahora escuchaba con suma atención los relatos de quienes contaban a Kevin sus experiencias con Todd.

Cuando ya se disponían a marchar Elsbeth llegó hasta ellos.

-¿Puedes venir al apartamento de Todd? -le preguntó-. Se van a reunir allí algunos de sus mejores amigos y me gustaría que tú estuvieras también.

Kevin lo pensó un momento.

-Tan sólo conocí a Todd durante unas semanas -dijo-, no me parece bien pretender mezclarme ahora con sus mejores amigos.

Elsbeth lo abrazó.

-Te estás infravalorando -le dijo-. Yo sé que él querría que vinieras. Dejó un mensaje para ti. -Se volvió hacia Sandy.

-¿Vas a venir tú también?

-Muchas gracias- dijo Sandy-. Lamentablemente tengo que volver al trabajo.

-Seguidamente besó a Kevin, despidiéndose hasta la noche.

Cuando llegó ya había unas veinte personas, de todas las edades, reunidas en el apartamento. La mayoría eran gente de mediana edad o casi ancianos, pero, también algunos que apenas pasan de los veinte y de los treinta. Casi la mitad de ellos habían llevado algo de comida y Kevin se sintió mal por no haber pensado en ello.

Elsbeth se las había arreglado para llegar antes que él y estaba en la puerta, muy ocupada dando la bienvenida a los que llegaban. Abrazó a varios, entre ellos a Kevin.

Junto a las puertas corredizas que daban a la terraza se había improvisado un buffet y un hombre con aspecto distinguido estaba sirviendo bebidas. La lluvia había comenzado de nuevo y se estrellaba contra los cristales, pero la habitación estaba caliente.

-Tú debes ser Kevin -le dijo.

-¿Cómo lo sabe? -rió.

-Todd me habló de ti -respondió el hombre. Su rostro era serio, pero en sus verdes ojos bailaba una sonrisa.

-¿Quién es usted? -preguntó Kevin.

-En este momento soy barman, pero en la vida normal soy economista jubilado. He creado una fundación para mantener en marcha el trabajo de Todd. ¿Qué vas a tomar? -le preguntó alzando un vaso.

Kevin miró a la amplia selección de vinos y licores.

-Un zumo de naranja, por favor.

Elsbeth cruzó la puerta de entrada, y diríase que ello era una señal convenida. Todo el mundo dejó de hablar y miró en su dirección.

-Muchas gracias a todos por venir comenzó diciendo Elsbeth-. No podía creer la cantidad de gente que ha acudido al funeral de Todd. Ha sido un tributo maravilloso a nuestro muy querido amigo. Pero vosotros, todos los que estáis aquí, en esta habitación, erais sus amigos especiales y por eso os he pedido que vinierais -miró alrededor del salón con una amable sonrisa en el rostro-. Cuando hace unos meses Todd supo que iba a morir pronto, decidió crear una fundación para mantener vigente su labor. Ha dejado su considerable fortuna a esa fundación y nosotros, el comité fundador, creemos que podemos realizar un excelente trabajo ayudando a quien lo necesite, utilizando simplemente los intereses generados por las inversiones de Todd. Pero necesitamos gente. La pasión de Todd era ayudar a los demás. Nos ayudó a todos y cada uno de nosotros cuando más lo necesitábamos, y ahora es él quien necesita de nuestra ayuda. ¿Queréis ayudar a que este proyecto comience a funcionar?

Kevin asintió entusiasmado. Al mirar alrededor vio que todos habían levantado la mano. Inmediatamente alzó también la suya.

-Gracias -dijo Elsbeth-, ya sabía que habíamos elegido bien. Todd y yo nombramos un pequeño comité, cuyos miembros están entre los presentes. Luego seleccionaremos al resto de vosotros por vuestros talentos o habilidades especiales.



En ese preciso instante Elsbeth parecía estar mirando directamente a Kevin. Éste frunció el entrecejo, pensando qué habilidades podía tener él que fueran de utilidad en un proyecto de este tipo.

-Provisionalmente yo soy la presidenta. Pero una vez recibáis nuestra petición y decidáis uniros, realizaremos una votación para designar a los distintos cargos. Por supuesto, si por algún motivo no deseáis formar parte de esto, podéis dejarlo en cualquier momento. Os prometo que ninguno de nosotros dejará de apreciaros si decidís no participar. El Sr. Ambrose tiene un sobre para cada uno de vosotros. Por favor, leed la carta que contiene y decidnos si queréis participar. Cada uno de nosotros tiene una tarea específica que realizar. Ahora, por favor, tomad las cartas y dentro de cinco minutos continuaremos.

El Sr. Ambrose resultó ser el hombre mayor que estaba sirviendo las bebidas. Kevin esperó en fila para recibir su sobre mientras pensaba en Elsbeth. ¡Y-él que la había considerado simplemente como la mujer que limpiaba el apartamento de Todd! Era evidente que Todd había estado preparándola para la función que ahora desempeñaba.

Kevin tomó su sobre y fue a la habitación en la que había dormido la noche que conoció a Todd. Abrió el cajón de la mesita y sacó el libro que seguía en su interior. Pasó su mano sobre la cubierta antes de abrirlo y leer las palabras que tan bien conocía: «el ayer no existe ya».

Ni Todd tampoco existe ya, pensó. Pero en lugar de tristeza, sintió que una sensación de paz lo inundaba. Era un sentimiento tan hermoso y perfecto que hizo que las lágrimas afloraran a sus ojos. En ese momento supo que Todd no había dejado de existir y que podría percibir su esencia cada vez que lo deseara.

Se sentó en la cama y abrió el sobre. Para su gran sorpresa, la carta había sido escrita por Todd con su puño y letra. ¿Habría escrito una carta personal a cada uno de los presentes?

-«Mi querido Kevin -leyó-, cuando abras esta carta estaré muerto y enterrado, pero ya conoces mis creencias y mi filosofía. Nunca he pensado que la muerte sea el final, así, no te entristezcas por mí. Simplemente estoy comenzando la aventura más emocionante de todas. Sin embargo, voy a extrañar nuestras charlas. Para mí significaban tanto como para ti. Tú me, dabas las gracias continuamente, cuando era yo quien debía dártelas. En el momento en que tú llegaste a mi vida mi tiempo estaba ya terminándose. Las semanas adicionales que me proporcionaste me permitieron trabajar en esta fundación de la que, espero, vas a formar parte».

«En una ocasión dijiste que tu carrera profesional la iniciaste como periodista. ¿Querías escribir un pequeño libro sobre tus experiencias, para que pueda servir de ayuda a otros? Estoy seguro de que realmente ayudaría a muchas, muchas personas, muchas más de las que nunca podríamos ayudar actuando personalmente. No quiero que lo hagas inmediatamente. Quiero que antes lo pienses. Luego, cuando ya lleves una vida feliz y plena, tal vez desees escribirlo. Por favor, considera esta idea con toda seriedad.

«Quizás creas que me he ido, Kevin, pero no es así. Cada vez que observes la luz del sol brillando sobre una gota de rocío, o cuando veas un arco iris, o cuando una cierta música te emocione, yo estaré allí. Que Dios te bendiga, Kevin, y gracias por ser mi amigo. Todd».

Kevin dobló despacio la hoja de papel y la guardó junto a su corazón. En ese momento la puerta se abrió y Elsbeth entró en la habitación. Se notaba que había estado llorando.

-Ya estamos listos para comenzar otra vez - le dijo.

Kevin asintió y volvió al salón. Todos estaban más serios que antes y algunos lloraban abiertamente. Todd debió haber escrito una carta personal a cada uno de ellos, pensó Kevin.

Elsbeth trató de sonreír, pero le resultó difícil. Respiró profundamente, sacó un pañuelo y se secó las lágrimas.

-Creo que todos acabamos de vivir unos minutos emocionantes -dijo-. Yo conocía el contenido de la totalidad de los sobres, excepto el mío, y debo admitir que Todd me ha sorprendido una vez más. Estoy segura que lo mismo os ha ocurrido a vosotros.

Se volvió a limpiar las lágrimas con el pañuelo. El Sr. Ambrose fue junto a ella y la rodeó con sus brazos, susurrándole algo al oído. Ella asintió.

El Sr. Ambrose mantuvo su brazo alrededor de la cintura de ella y tomó la palabra.

-Señoras y señores -comenzó-, nos hallamos ante un importante reto. Creo que debemos sentirnos muy honrados de que Todd nos haya elegido para sucederle. Claro, nadie está obligado a ser parte de esto. Si por -algún motivo alguien no desea participar, puede marcharse ahora. Le damos las gracias.

Nadie se movió. Los ojos del Sr. Ambrose recorrieron despacio la habitación, estableciendo contacto visual con cada uno de los presentes. Finalmente asintió.

-Está bien. Todd escogió adecuadamente. No creo que hoy podamos hacer ya mucho más, pues todos estamos alterados emocionalmente. Todd nos pidió a Elsbeth y a mí que organizáramos la primera reunión. Nos pondremos en contacto con todos ustedes y buscaremos el momento adecuado para llevarla a cabo. En ella elegiremos los diferentes cargos y comenzaremos a trabajar. Va a ser un trabajo duro, eso se lo puedo prometer ya. Será un desafío para todos nosotros, pero la recompensa también será muy grande. Todd nos ayudó a cada uno de nosotros cuando más lo necesitábamos. Ahora ha llegado el momento de que nosotros ayudemos a otros. Adiós, amigos. Nos veremos dentro de una o dos semanas.

Pasó más de una hora hasta que todos se hubieron marchado. Kevin estuvo en el salón, presentándose a los demás e intercambiando relatos sobre cómo Todd les había ayudado a cada uno de ellos.

Finalmente sólo quedaban Elsbeth y Kevin.

Mientras lavaban los platos Kevin le preguntó a Elsbeth por qué Todd lo había elegido a él.

-Al funeral asistieron más de mil personas, podía haber elegido a cualquiera de ellas. Elsbeth sonrió.

-Te eligió a ti por muchas razones -dijo-, la primera de ellas porque tú puedes escribir el libro.

-Y...

-Principalmente porque le pareció que ayudando a otros volverías a sentirte totalmente vivo otra vez. Y así es, Kevin. Hace un momento he visto cómo hablabas con todos. No conocí al antiguo Kevin, pero me atrevería a asegurar que ya estás casi totalmente recuperado. Que de nuevo has vuelto a ser el Kevin de antes.

Kevin sacudió la cabeza.

-No. Nunca volveré ya ser el Kevin de antes. Ese Kevin era egoísta y codicioso. Todd me ayudó a cambiar todo eso. Dicho cambio todavía no se ha completado, pero sé que voy por el camino correcto. -Kevin colocó el último plato en el lavavajillas y le dio vuelta a la llave-. Elsbeth -dijo-, me está ocurriendo algo muy extraño. Aunque éste sea el día en que hemos enterrado a Todd, me siento mucho más vivo que nunca. En cierto modo he sufrido una transformación.

-Todos nosotros la hemos sufrido dijo Elsbeth.

Pasó un trapo sobre la consola y observó con aire crítico la cocina en su totalidad.

-Creo que esto ya está, Kevin. ¿Qué vas a hacer ahora?

-Voy a cenar con Sandy y le voy a pedir que vuelva a casa. Ya he esperado mucho para hacerlo, demasiado.

-Debe estar sorprendida por los cambios que se han dado en ti.

-Bueno, si ella decide volver, estoy dispuesto a que esta vez funcione. Si antes no funcionó fue por mi culpa.

-Pero eso fue ayer. Kevin rio.

-Si voy a escribir el libro más vale que comience a practicar su contenido.

-Ya me dirás cómo te va todo.

-Mañana te llamo -Kevin la besó en la mejilla-. Gracias, gracias, gracias. Ya en la puerta Elsbeth lo detuvo.

-Toma, llévate esto. -Elsbeth levantó el conejo de cerámica que descansaba sobre la repisa de la chimenea y tomó el sobre que contenía las metas de Kevin. Éste lo aceptó con una sonrisa.

-¿Sabes? -dijo-, me parece extraño, pero ya estoy trabajando en todas las cosas que escribí en ese papel.

La lluvia se había convertido en niebla y el aire olía fresco y limpio. Kevin caminó por la acera sintiéndose ligero. Trató de analizar sus sentimientos, pero le fue casi imposible. Se sentía desconsolado por haber perdido a Todd, pero al mismo tiempo estaba contento de saber que éste seguía adelante en su camino. Kevin estaba seguro de que, donde quiera que Todd estuviese, seguiría ayudando a la gente que lo necesitara. En lo más profundo de su corazón sabía que Todd siempre estaría con él. Se sintió agradecido porque se le hubiera dado la oportunidad de trabajar junto a los demás para establecer la fundación y mantener viva la filosofía de Todd.

En un cruce abrazó a un árbol y saludó con la mano a los sorprendidos automovilistas que pasaban en ese momento. La vida es grande. La vida es para vivirla. Y con las siete piedras para cruzar el río que Todd le había entregado, estaba totalmente seguro de que su vida sería cada vez mejor.

# LOS SIETE SECRETOS DEL ÉXITO

*El ayer no existe ya*

*Abraza a los árboles y abraza la vida*

*Márcate metas*

*Las oportunidades están en todas partes*

*Persevera*

*Te fe en ti mismo*

*Ayuda a los demás, perdónalos y  
perdónate a ti mismo*

La página web del autor es <http://www.richardwebster.net/>

Este archivo llega a usted por una cortesía de  
[Solo Por Compartir](#)